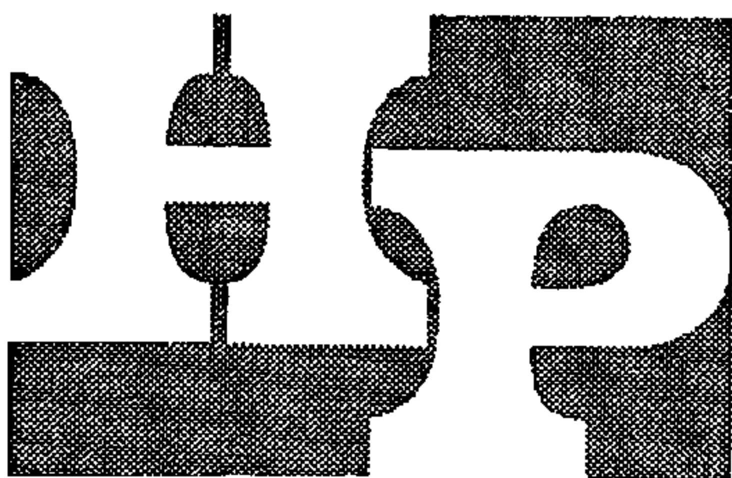
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Keith Luger

ONCE MILLONES Y UNA MUJER





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

ONCE MILLONES Y UNA MUJER

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 38
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 38

Publicación semanal
Aparece los JUEVES
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA
- BUENOS
AIRES - CARACAS
- MEXICO

Depósito legal: B 29163-1970
Impreso en España. —Printed in Spain

1.º edición: Septiembre, 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

CAPÍTULO PRIMERO

Ava Anders tiró con todas sus fuerzas de las riendas, pero se dio cuenta de que con ello no podría conseguir nada. Los dos caballos de la calesa se habían desbocado al cruzarse con aquella serpiente por la carretera y ahora, en su loca carrera, se dirigían hacia la curva que veía a lo lejos.

La joven, echándose hacia atrás en el asiento, trataba de contener la furia desatada de los animales. Pero lejos de obedecer a su dueña, los caballos, alocados, seguían avanzando vertiginosamente.

—¡Deteneos! —gritaba—. ¡Malditos caballos!… ¡Deteneos!

Ava gemía para sus adentros apercibiéndose de que se encontraba en un peligro mortal.

Rápidamente se arrolló las bridas a la muñeca e, inspirando, tiró al mismo tiempo que cerraba los ojos. Sintió cómo el cuero se hundía en su carne y se mordió el labio para contener un grito de dolor.

Por unos instantes, los caballos parecieron cesar en su carrera, pero entonces ella disminuyó la presión y otra vez las bestias reanudaron su frenético avance.

La curva estaba muy cerca. Apenas a veinte yardas.

Ava dejó sueltas las bridas y, llena de pavor, se llevó una mano a la garganta.

—¡Socorro! —gritó.

Escuchó el eco procedente de la barranquera que había al otro lado, a la derecha, y luego ya no hubo otra voz humana.

Los caballos tomaron la cerrada curva y luego doblaron hacia la izquierda. El vehículo rechinó, crujiendo las ruedas, y se acercó al vacío.

Ava no dudó un instante y saltó del coche. Su cuerpo golpeó en un bache cubierto de polvo y rodó hacia el borde de la carretera.

Sus manos se aferraron a la tierra y de pronto sintió cómo sus piernas quedaban suspendidas en el vacío.

Aunó todas sus energías y consiguió inmovilizarse.

En ese instante escuchó un brutal relincho y un formidable estrépito.

La calesa se fue abajo por el precipicio. Una de las cabalgaduras pateó al verse frenada y brincó hacia delante. Las correas saltaron y quedó libre, pero su compañero no hizo lo mismo y fue arrastrado por el vehículo.

El amasijo de madera y carne golpeó una y otra vez contra las rocas y siguió cayendo hacia abajo, levantando una nube de polvo.

Sobrevino el choque brutal en lo más hondo y luego todo quedó en silencio.

Ava vio cómo la sangre brotaba de la cabalgadura ya muerta y cómo una rueda del coche giraba todavía. Entonces cerró los ojos y tomando impulso subió a la carretera.

El otro caballo había desaparecido.

Soltó un gemido mientras contemplaba sus manos arañadas, su mejor vestido de terciopelo cubierto de polvo, roto a la altura del pecho y de las caderas.

Echó una mirada a su alrededor y se cercioró de que nadie acudía a socorrerla. Entonces dio una patada en el suelo y levantándose la falda, cogió la enagua y dio un tirón, rasgándola.

Empezó a limpiarse de polvo los brazos y se restañó la sangre que brotaba de los cortes.

De pronto le llegó el sonido inconfundible de un galope. Un jinete se acercaba por el camino que conducía a Nelsonville.

Bien; aquel hombre le dejaría su caballo y él continuaría el viaje a pie. No había problema. Antes de media hora se encontraría en su casa. Tomaría un buen baño y vendaría las heridas. El accidente pasaría a ser un simple recuerdo.

El jinete apareció por el recodo más lejano y Ava lo observó. En un principio creyó que era Stanley Smith, pero luego se dio cuenta de que estaba equivocada. Era un desconocido.

El hombre rondaba los veintisiete o veintiocho años de edad y era moreno, de rostro curtido por los elementos. Un rostro en el que destacaban los ojos negros y un mentón voluntarioso. Se cubría con sombrero tejano de ala ancha cubierto de polvo, camisa gris a

cuadros y zahones embutidos en medias botas. En la parte trasera de la silla exhibía una manta y en uno de los flancos un rifle. Junto a sus muslos gravitaban sendos revólveres. Él también la vio a ella y disminuyó el trote corto de su alazán.

Se detuvo a tres yardas de Ava y la observó con curiosidad.

La joven, espléndida de hermosura, en la plenitud de sus veinticinco años, de busto prieto, largas piernas y cara bella, ojos verdes claro, se sintió irritada ante aquel examen.

—¿Terminó ya? —dijo, con acritud.

—Al parecer, ha tenido un contratiempo.

—Oiga, es usted muy listo.

El forastero sacudió la cabeza.

—Y está herida.

—¿Es que va a enumerar todo lo que me pasa?

—Ava apretó los labios con rabia. —Necesito su caballo.

—¿Sí?

—¡Bájese!

—¿Por qué?

Ava lo miró furiosamente.

—¿No sabe quién soy?

—Es una mujer… ¿Algo más?

Los verdosos ojos de la joven chispearon.

—Mi nombre es Ava Anders.

—¡Oh!

Ava empezó a sonreír.

—Dese prisa.

El desconocido cruzó los brazos sobre la silla y se echó hacia delante.

—¿De los Anders de Filadelfia, quizá, los fabricantes de mantequilla?

Ava volvió a quedar seria.

—No, amigo. Yo no fabrico mantequilla.

—¿Los Anders de Kansas City…? Ya sabe, los encopetados de los mataderos.

—¡No!

—Pues entonces…

—Soy Ava Anders, de Nelsonville. ¿Lo va entendiendo?… ¡Ava Anders!

El forastero chasqueó la lengua.

—No soy de aquí, ¿sabe?… Es posible que usted sea famosa porque fabrique agujas para coser, o porque algún miembro de su familia haya inventado una máquina… Pero tendrá que perdonarme; hace un sinfín de tiempo que no leo los periódicos.

Ava cerró los puños, sintiendo que en su pecho crecía una fuerte ira.

—Está bien, quienquiera que sea usted. ¡Deme el caballo de una vez!

El forastero sonrió.

—Yo también lo necesito, señorita Anders.

—Escuche, y a ver si logro meterle esto en la cabeza.

—Adelante.

—Usted me va a dejar el caballo. Luego se marcha a pie a Nelsonville. Allí recupera su cabalgadura y cincuenta dólares. ¡Eso es! Le pagaré cincuenta dólares porque me deje su maldito caballo para recorrer las siete millas que nos separan de la ciudad.

El jinete se quedó pensativo unos instantes y luego dijo:

—No me interesa.

—¿Cómo?

—No me interesa.

Ava Anders se mordió el puño y al cabo de unos segundos dijo:

—Quiere más, ¿eh?

—¿Más qué?

—¡Más dinero, estúpido!

—El dinero es siempre bueno. Sirve para comprar cosas y yo, la verdad, ando un poco corto.

Ava descubrió entonces su bolso, que había caído del carro antes de que éste se precipitase por el barranco. Estaba cubierto de polvo a un lado del camino. Dio un suspiro, fue hacia él y lo recogió del suelo. Luego lo abrió y sacó un fajo de billetes.

—Aquí tiene. No sé cuánto habrá —se acercó al forastero—. Probablemente son más de cien. Y pierda cuidado, tomo su caballo en alquiler.

El desconocido la ignoró con el brazo alargado, sin alcanzar el dinero. Luego dijo:

—El caso es que yo también tengo deseos de llegar a Nelsonville, ¿sabe?

—Ya llegará. Sólo tendrá que mover una pierna y luego otra, y así, poco a poco, se encontrará en la ciudad.

—Es todo cuesta arriba y me voy a cansar mucho.

—Oiga, escuche, cabezota… Se está jugando la piel… ¡Se la está jugando! ¿Sabe con quién habla?

—Ya lo dijo antes. Con Ava Anders. ¿O es que va a empezar otra vez?

—¿Y sabe usted, pedazo de alcornoque, que yo soy la dueña de esa ciudad y que si quiero usted no permanecerá allí un solo minuto?

—¿Sí?

—Bastará con que yo dé una orden para que lo liquiden. ¿Entiende? ¡Para que le llenen el cuerpo de agujeros!

—En ese caso, voy a permanecer en Nelsonville más de un minuto. Supongo que por lo menos tendré derecho a una fosa.

Ava Anders soltó un lamento.

—¿Pero es posible que entre tantos hombres haya tenido que ser usted?… ¡Apuesto a que lo tiraron de su pueblo por tonto!

—Vamos, no empiece a llorar.

Aquellas palabras la encolerizaron más.

—¿Quién va a llorar?

—Tengo una proposición que hacerle.

—¿Qué proposición?

—Si se porta bien, estoy dispuesto a llevarla conmigo.

Ava abrió los ojos asombrada.

—¿Yo ahí arriba con usted?

—Le doy mi palabra de que no tengo ninguna enfermedad contagiosa.

—¡Váyase a…!

—Aún no he terminado. Usted me largará ese dinero por el viajecito.

—¿Quiere decir que voy a ir con usted ahí arriba y encima me va a cobrar el dinero?

—¿Qué pasaría si uno no se aprovechase de las circunstancias?… Yo creo que ésta es una buena oportunidad y ya le he dicho antes que el dinero me hace falta.

Ava se pasó furiosa una mano por la cara.

—¿Se decide? —preguntó el forastero.

Ava estalló.

—¡Lárguese con su penco! ¡Y ya puede pasar de largo por Nelsonville porque le aseguro que si se detiene un solo segundo haré que lo conviertan en picadillo!

El jinete sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Ya me voy. —Hizo una pausa—. Le deseo suerte en el camino de regreso.

Espoleó a su cabalgadura y ésta se puso en movimiento. Pero apenas se había separado unas yardas, la joven gritó:

—¡Eh, espere!

El desconocido tiró de las riendas y volvió la cabeza.

—¿Decía algo?

—Está bien, voy a aceptar su oferta, pero le aseguro que se arrepentirá.

La joven se acercó al caballo y el forastero le dijo:

—El dinero por delante.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Quiere decir que no se fía de mí?

—Ha dicho que me va a hacer picadillo. Al menos quiero que me cojan con el estómago lleno, y no tengo plata para pagar una sola comida.

—¡Ahí tiene!

El hombre cogió los billetes y los hizo desaparecer en uno de los bolsillos de la camisa.

—Vamos, suba —alargó la mano derecha al tiempo que dejaba libre el estribo de ese lado.

Ava puso el pie en el estribo y, cogiéndose de la mano de él, saltó arriba.

La espalda de la joven y el pecho varonil entrechocaron. Él le dijo al oído:

—¿Está lista?

—Sí, pero no se me acerque tanto —respondió ella, con acritud.

—¿Quién se acerca? No puede ir sobre el cuello del animal. Ha de echarse hacia atrás o volverá a dar con sus huesos en el polvo.

Ella obedeció, apoyándose nuevamente en él.

Entonces el forastero distendió los labios en una sonrisa y espoleó a su corcel, el cual emprendió un trote hacia Nelsonville.

Capítulo II

Ava Anders enrojeció hasta la raíz del cabello al darse cuenta de que todos los transeúntes que encontraban a su paso los miraban asombrados.

Y para colmo de su ira, en aquellos instantes, el desconocido que tenía tan cerca de ella empezó a silbar.

—¿Dónde quiere que la deje, señorita Anders?

—¡Aquí mismo! —gritó ella, cogiendo las bridas que él mantenía en su mano y dando un tirón.

—Muy bien.

La joven saltó a la calzada y rápidamente subió a la acera. Desde allí se volvió, preguntando con ojos furiosos:

—¿Puede decirme cuál es su nombre?

El sonrió.

—Claro que sí. Paul Granger.

—Le voy a dar un consejo, señor Granger.

—No se lo he pedido.

—Da igual. Es gratuito —ella hizo una pausa, apercibiéndose de que se habían acercado muchos curiosos para oír el diálogo—. No baje del caballo. Siga adelante y salga de Nelsonville.

Granger echó una mirada a su alrededor y dijo:

—Me gusta este pueblo. No existe motivo para que me vaya tan pronto.

—Es lo que usted cree, señor Granger. Acostumbro a mantener mi palabra. Márchese o se arrepentirá.

Granger distendió los labios, mostrando una dentadura perfecta. Luego hizo una ligera reverencia, tocándose el ala del polvoriento sombrero, y dijo:

—Ha sido un placer conocerla, señorita Anders.

Ava fue a decir algo, pero se contuvo con las manos crispadas y de pronto dio media vuelta, alejándose por la acera.

Granger la siguió con la mirada unos segundos y, finalmente, sin dejar de sonreír, palmeó el cuello de su alazán y éste continuó caminando despacio.

Un par de docenas de ciudadanos, hombres y mujeres, lo miraban como si fuese un ser llegado de algún lejano planeta.

Granger continuó silbando mientras echaba una ojeada al dinero que sacó del bolsillo.

—No está mal, ¿eh, «Dick»? —dijo al caballo—. Exactamente ciento dos dólares por nuestra carga.

Al desviar la mirada a la derecha vio un cartel que llamó su atención, y detuvo a su caballo.

El cartel decía así:

«Hotel Dorado. Formidable servicio. Rigurosamente prohibida la entrada a perros, gatos, pulgas y demás especies animales. Habitaciones con vistas sensacionales. Prohibido mirar por los ojos de las cerraduras.»

Paul descendió del caballo, ató las bridas al poste y penetró en el hotel Dorado, acercándose al hombre que había ante el escritorio, un tipo de cabello engomado partido en dos, ojos muy saltones. Escasamente mediría un metro y medio de talla.

—Bien venido a Nelsonville, señor —se apresuró a decir, con una protocolaria sonrisa, el enano.

Granger se apoyó en el mostrador y se pasó una mano por la crecida barba.

—¿Qué es eso de vistas sensacionales? —inquirió, por la comisura de la boca.

—Oh, señor, desde las habitaciones traseras se ve toda la Sierra Nevada. Un paisaje majestuoso. Algo hermoso y romántico, sí, señor, sobre todo cuando se tiene una chica al lado.

—¿La chica la ponen ustedes o hay que traérsela?

—El señor es muy chistoso… Éste es un hotel muy decente.

—¿Cuánto me va a costar la decencia?

—¿Cómo…? ¿Qué?

—Ya sabe, la habitación.

—Oh, sí. Son tres dólares diarios.

—¿Tres dólares diarios? —Granger lo miró con el ceño fruncido —. ¿Es que se cree que yo robo el dinero? Me cuesta mucho ganarlo, amigo.

—Lo siento, caballero —contestó el encargado, resoplando—. Pero si usted quiere algo económico puede ir a la acera de enfrente. Allí está el hotel de La Alegría. Le pueden proporcionar habitación por un dólar.

En aquel momento se oyó un taconeo por la escalera y Granger volvió la cabeza. Sus ojos se alegraron al ver a una majestuosa pelirroja de busto exuberante y caderas poderosas.

Cuando pasaba frente al escritorio, el empleado se convirtió en pura jalea.

—Buenos días, señorita Dors.

La señorita Dors dirigió una insignificante mirada al enano y detuvo unos instantes sus grandes ojos rasgados en la figura varonil de Paul Granger.

El joven se tocó ligeramente el ala del sombrero y ella correspondió con una sonrisa. Luego continuó su marcha hacia la puerta con un ligero balanceo.

—¿Quién es? —preguntó Paul, sin dejar de mirar a la hermosa.

—Peggy Dors, la «estrella» número uno del Palacio de Nelsonville… Una gran mujer, sí, señor.

—¿Qué habitación ocupa?

—La veintidós.

—Quiero la veintiuna o la veintitrés.

—Lo siento mucho, caballero, pero esas habitaciones están ocupadas.

De pronto se oyó un fuerte golpe y un proyectil humano descendió por la escalera rodando. El tipo se enderezó cuando llegó al *hall*. Frisaba en los veintisiete años de edad y era de estatura mediana, rostro colorado y se cubría con un traje Príncipe Alberto impecable que empezó a limpiar de polvo.

El empleado salió del escritorio y se precipitó sobre el cliente, palmoteándole los pantalones.

—Cuánto lo siento, señor Mills.

—Ha sido un simple resbalón —dijo el señor Mills, con los ojos clavados en la puerta por la que acababa de desaparecer la pelirroja.

Paul Granger sumó dos más dos y llegó a la conclusión de que el llamado Mills era el ocupante de la habitación veintiuno o de la veintitrés.

Rápidamente cogió el libro de registro que había sobre el escritorio y después de repasar unas hojas encontró la correspondiente ficha.

> «Alex Mills, de estado soltero, procedente de Denver. Profesión, comerciante en granos.»

Mills había compuesto ya su facha se dispuso a continuar su camino. De pronto, Paul Granger le interceptó el paso y le señaló el pecho con el índice.

—¡Demonios, usted es Mills!… ¡Alex Mills!

El otro lo miró parpadeante.

—Sí, señor, soy Alex Mills.

Granger sacudió la cabeza de un lado a otro e hizo chasquear la lengua.

—No sabe cuánto lo siento, amigo. Es duro eso de trabajar toda una vida y que de pronto…

—Oiga, ¿de qué está hablando?

—Me lo dijeron en Balaclaova y no me lo quise creer, pero luego lo leí en los periódicos y también vi la relación de perjudicados. Yo lo conocí a usted en Denver, señor Mills. Claro que usted no sabe nada de mí. Es lo que les pasa a los que son famosos.

—Oiga, todo eso es un rompecabezas para mí. ¿De qué se trata concretamente?

—¿Todavía no está enterado? —Abrió los ojos Paul.

—¿De qué tengo que estar enterado? —preguntó, nervioso, Mills.

—¡De la catástrofe! —Granger compuso una mueca de extrañeza —. ¡El incendio de Denver!

—¿Qué es eso del incendio de Denver?

Granger se mordió el labio inferior.

—¿Es posible que todavía no haya llegado a sus oídos?… «¡Santo cielo!… ¡Denver ardió por los cuatro costados hace tres días!

—¡No!

—Sí, señor. Se armó una bronca en el *saloon* Colorado y las lámparas de petróleo fueron utilizadas como proyectiles. Una de ellas hizo explosión y se prendió fuego el local… Eso fue solo el

comienzo. —Granger inclinó la cabeza, mirando al suelo—. ¡Qué escena!

—Continúe —dijo Mills, con labios temblorosos.

—Los bomberos fueron impotentes para contener aquello. Las llamas prendieron en otros edificios cercanos… Jamás se ha visto una cosa igual; la ciudad se convirtió en una antorcha que iluminaba la noche… Así fue.

—¡Vive Dios! —exclamó el enano—. Eso también le pasó a Roma… Pero allí había un Nerón.

Alex Mills empezó a sudar. Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el rostro.

—¡Es mi ruina! —exclamó, dando un traspiés.

—Perdóneme —dijo Granger—. Creí que usted lo sabía. Ahora comprendo que le acabo de estropear la mañana.

Mills se quedó como hipnotizado y de pronto gritó:

—¡Gerente!

El enano se le plantó delante.

—¿Diga, señor?

—¡La cuenta, pronto! ¡Me marcho en seguida! ¿Cuándo sale la diligencia para Balaclaova?

—Dentro de quince minutos, señor.

—¡Tengo que cogerla inmediatamente!

Alex Mills subió como una flecha las escaleras y antes de un minuto rodó de nuevo como una pelota de escalón en escalón hacia abajo. Pero esta vez lo hizo en compañía de una maleta.

Cuando logró ponerse en pie, sudoroso, jadeante, pagó la cuenta que le entregaba el gerente y estrechó la mano de Granger, diciendo:

—Gracias, amigo. Si consigo llegar a tiempo a Denver, reharé mi fortuna… Tengo mucho dinero y quizá esto me haya venido bien. —Su rostro se iluminó con una sonrisa—. ¡Especularé!… Compraré a tres y venderé a doce… Quizá con su noticia me haya hecho usted millonario… Gracias, no lo olvidaré.

—Buena suerte —dijo Granger.

Alex Mills desapareció por la puerta de la calle, corriendo como un loco.

El metro y medio de carne y huesos que había tras el escritorio dio un suspiro.

—Le ha hecho usted un gran favor, sí, señor.

—Deme la habitación que ocupaba él.

—Desde luego, no hay ningún inconveniente. ¿Quiere llenar la hoja?

Granger cumplimentó el formulario y se encaminó hacia la escalera. Cuando estaba a punto de subir por la misma, se volvió y dijo:

—A propósito. ¿Es la veintiuna o la veintitrés?

—La veintitrés —respondió el empleado, y de pronto frunció el ceño—. Oiga, ¿cómo sabe usted…? —Miró otra vez a Granger y de pronto dijo—: Oh, oh…

Paul subió la escalera escuchando el estrépito que producía el enano al desplomarse en la silla que tenía detrás.

Capítulo III

Paul Granger se ablucionaba en el lavabo con el torso desnudo cuando oyó que la puerta se abría.

Con los ojos llenos de jabón, tanteó para coger la toalla, mientras preguntaba:

—¿Quién es?

No recibió contestación.

Se secó y miró con un ojo, viendo a dos hombres. Ambos eran corpulentos, mal encarados, de patillas largas y barba crecida.

—El señor Mills ya no ocupa esta habitación —dijo Granger, secándose las manos tranquilamente—. Se marchó corriendo a Denver.

—Es una casualidad —dijo el tipo más cercano a la puerta, de nariz ganchuda—. Usted también se va a marchar de aquí con mucha prisa.

—Es algo nuevo para mí. Pensaba quedarme unos cuantos días en la ciudad.

—Usted lo ha pensado mejor y se larga.

—La señorita Anders, ¿eh?

—Dio en la diana. Y ahora que ha satisfecho su curiosidad, ¿querrá ponerse sus trapos y acompañarnos? Ella quiere presentarle sus respetos.

—¿Quiere decir que se ha molestado en acompañarles?

—Está abajo, sentada en un sillón. Dijo que usted se había portado tan bien con ella que quería obsequiarle con su despedida.

—Eso me honra —convino Granger—. Da gusto tratar con personas educadas.

—Pues andando, pollo.

Granger se llevó la toalla a la cara y de pronto la arrojó sobre los ojos de los dos hombres.

Instantáneamente, su puño derecho entró en colisión con una

barbilla. Se oyó un fuerte restallido y el tipo de la nariz ganchuda tropezó contra su compañero y ambos se derrumbaron en el suelo, pero uno de ellos logró aferrarse a Paul por el tobillo y tiró de él.

Granger también perdió el equilibrio y estrelló sus espaldas desnudas contra la puerta. Se repuso inmediatamente, pero uno de los hombres de la señorita Anders logró alcanzarle en el estómago y luego en el pómulo.

Se dio cuenta de que sus antagonistas eran peligrosos rivales. Tendría que poner toda la carne en el asador para vencerlos.

Uno de ellos se le echó encima y lo recibió con un terrible golpe en el plexo solar. Luego se apartó de la puerta y cuando el segundo lo acometió le soltó un izquierdazo en la mandíbula. El hombretón salió lanzado a una velocidad escalofriante y al encontrar a su paso la puerta se la llevó consigo, arrancándola de cuajo.

Granger se quedó asombrado mirando su puño, como si le extrañase que él hubiese podido hacer aquello, y el otro tipo aprovechó su perplejidad para golpearlo junto a la sien.

Granger voló por el hueco y dio con sus huesos en el corredor.

—Es una buena idea, ¿no te parece, Buck? —dijo el de la nariz ganchuda, mientras se levantaba—. Lo llevaremos a golpes hasta la puerta de la calle.

El llamado Buck escupió un diente y dijo, sonriendo:

—Claro que sí, Tommy. Es lo que vamos a hacer.

Granger se enderezó y después de limpiarse el sudor de la frente con la muñeca dijo:

—Es un plan que a mí también me gusta. Vamos, muchachos. Necesito un poco de entretenimiento.

Buck y Tommy se lanzaron sobre su enemigo al mismo tiempo. Uno por la derecha y otro por la izquierda.

Granger, aun a riesgo de ser alcanzado por Tommy, se dedicó solamente a Buck y logró asestarle un derechazo en la boca.

Buck rodó escaleras abajo y tras él fue Granger al ser alcanzado a su vez por Tommy, pero éste, en su impulso, también perdió el equilibrio y se unió en la vertiginosa caída a los otros dos.

De esa forma, los tres llegaron al *hall*.

Granger se levantó, respirando entrecortadamente, y observó a la señorita Anders, la cual había repuesto del todo su indumentaria. Parecía una diosa con su vestido verde muy entallado, el escote de

encaje negro y un sombrero de plumas que cubría su hermosa cabellera negra.

—¿Qué tal, señorita Anders?

Los senos de la joven se estremecieron impulsados por la ira.

—Guarde sus chanzas para luego, señor Granger.

El encargado del hotel cruzó las manos, implorando:

—¡Por lo que más quiera, señor Granger! ¡Éste es un hotel decente! No me busque complicaciones. Márchese por las buenas… Le devolveré su dinero. ¡Se lo juro!… ¡Se lo devolveré!

Tommy y Buck reanudaron la pelea jactanciosos, seguros de que no tardarían ni sesenta segundos en desembarazarse de su enemigo.

Granger jugueteó colocando su derecha suavemente en la cara de sus rivales, mientras reponía sus pulmones de aire.

Tommy y Buck no conocían aquella forma de pelear y empezaron a exasperarse.

De pronto, Paul tomó la ofensiva y descargó un mazazo en la nariz de Buck, quien retrocedió lanzando un aullido, golpeó contra el escritorio y después de dar una vuelta de campana se coló dentro.

Tommy recibió un golpe en el hígado, pero replicó con su izquierda, la cual llegó fácilmente al cuello de Paul.

Ava Anders se asomó al escritorio furibunda y gritó al hombre que estaba dentro:

—¿Qué estás haciendo ahí, Buck? ¡Sal de una vez y ayuda a Tommy! —Pero se dio cuenta de que Buck no la podía escuchar porque estaba sumergido en un profundo letargo.

La alegría retornó a su rostro porque en aquel instante Granger había sido alcanzado por Tommy y se derrumbaba sobre la alfombra.

Tommy cometió el error de no seguir a su enemigo en la caída. Paul se levantó y, acercándose a Tommy, amagó con la izquierda pero le pegó con la derecha.

Tommy estuvo a punto de caer, pero logró detener su carrera apoyándose en un sillón.

Granger fue tras él y lo golpeó una, dos veces en la cara. Luego Tommy se quedó tan quieto como una estatua y Paul lo fulminó de un fantástico gancho.

Unas cuantas muelas repiquetearon por el suelo al tiempo que Tommy se abatía completamente fuera de combate.

El vencedor, Granger, apoyó las palmas de las manos en la pared y después de echar un poco de sangre por la boca miró a la señorita Anders, la cual era la viva representación de todas las furias.

—¿Algo más, señorita Anders?

La joven lo miró con ojos cargados de odio.

—No crea que se ha salido con la suya, señor Granger. Esto sólo es el comienzo.

—Magnífico, pero tenga algo presente, señorita Anders. La próxima vez que me envíe una visita, adviértale que puede encontrarse con una bala. Me hacía falta un poco de ejercicio y ya lo he hecho… Ahora quisiera probar la puntería.

Ava Anders levantó orgullosamente la barbilla, diciendo:

—Usted es el que debe tener cuidado, señor Granger. No le soportaré una humillación más.

—Para conseguirlo solo tiene usted que hacer una cosa.

—¿El qué?

—¡Déjeme en paz!

Ava distendió los labios en una sonrisa.

—Eso ya es algo, señor Granger. Empieza a darse cuenta de que es duro tratar conmigo.

—Usted debe tener idéntica conclusión respecto a mí.

Tommy y Buck se incorporaron y trataron de volver a la pelea, pero Ava hizo oír su voz autoritaria:

—¡Ya basta, muchachos!… El señor Granger quiere la paz.

Paul se restañó la sangre que le salía de la boca y, sonriente, replicó:

—Es usted muy inteligente, señorita Anders.

—Quisiera que me contestase a una pregunta, señor Granger.

—Hágala.

—¿Qué es lo que usted busca en Nelsonville?

—Nada.

—¿Está seguro?

—He caído por aquí como podía haberlo hecho en otro sitio.

—¿Su profesión?

—Ya se lo he dicho. Vagabundo.

—¿Ninguna especialidad?

—Sí.

—¿Cuál?

—La de echar una mano a las damas que se encuentran en apuros.

Los ojos de la hembra brillaron por unos instantes iracundos, pero aquel ramalazo desapareció en seguida.

—Es una tarea que puede resultar a veces peligrosa, señor Granger.

—Para mí siempre ha resultado encantadora, aun cuando haya encontrado algunos ejemplares peligrosos.

—¡No le consiento…!

—Oh, oh, ¿va a empezar otra vez, señorita Anders? No lo he dicho como ofensa.

La joven apretó los labios y se encaminó hacia la puerta.

—¡Salgamos de una vez de aquí!

Tommy y Buck miraron rencorosamente a Paul, pero por último marcharon detrás de Ava Anders.

Cuando la joven y sus buitres se hubieron marchado, Paul oyó la voz lamentosa del encargado:

—Señor Granger, usted debía haber elegido el hotel de La Alegría… ¿Es que no se da cuenta? ¿Qué va a ser de la seriedad y prestigio de mi establecimiento? Correrá la voz de que nuestros clientes se pelean y nadie se atreverá a poner los pies en esta casa.

—Recuerde que pago tres dólares por la habitación —dijo Paul, dirigiéndose hacia la escalera—. Y eso debe dar derecho a algo más que una cama. A la gente le gusta la distracción. ¿Por qué no añade algo más a ese cartel de la calle?… «Hermosas peleas. Se admiten apuestas». ¿Qué le parece? Puede transformar su negocio en un río de oro.

Y tras observar el perplejo rostro de su interlocutor, se encaminó a su habitación.

Capítulo IV

Granger se estaba peinando frente al espejo cuando llamaron a la puerta con suavidad. Había tenido la precaución de echar la llave porque no estaba muy seguro de que Ava Anders hubiese decidido sinceramente dejarlo en paz.

Se acercó a la cama, desenfundó el revólver y preguntó:

—¿Quién es?

—Soy Víctor, señor Granger.

—¿Víctor?… No conozco a ningún Víctor.

—El gerente del hotel.

Granger se acercó a la puerta, poniéndose a un lado, y abrió.

El enano pegó un salto al ver el cañón del revólver que le apuntaba y levantó las manos tembloroso.

—Guarde eso, señor Granger. Estoy solo.

Granger hizo una señal con el revólver para que pasase.

—¿Qué es lo que tiene que decirme, Víctor? —preguntó.

—Le he conseguido habitación en La Alegría.

—¿Acaso me he quejado del servicio?

Víctor sonrió, cogiéndose las manos nerviosamente, sin dejar de mirar el revólver que Granger continuaba esgrimiendo.

—Pensé que usted se encontraría mejor allí, señor Granger. Además, debo advertirle que nosotros cargamos con sus gastos. Estamos dispuestos a abonarle el importe de la estancia de una semana en el hotel La Alegría.

—Es usted muy amable, Víctor, pero mi respuesta sigue siendo negativa. Me quedo aquí.

—¡Pero, santo cielo!… ¡Si a usted le debe dar lo mismo!

—Soy yo quien debe decidir esa cuestión, y me gusta su hotel. ¿Qué le parece ahora si se retira?

Víctor tragó saliva, hizo un rápido movimiento con la cabeza y se marchó, gimiendo por lo bajo.

En cuanto el encargado se hubo ido, Granger enfundó el «Colt», se cubrió la cabeza con el sombrero y salió al corredor, cerrando con llave la puerta de su habitación.

Bajaba por la escalera cuando oyó el ruido de voces abajo.

—¡No me toques! —decía una mujer—. ¡Estás borracho!

Un hombre respondió.

—Vas a ser buena conmigo, Peggy, o de lo contrario estoy dispuesto a marcarte la cara. Apuesto a que entonces bajas los humos.

Granger siguió descendiendo y vio en el *hall* a la esplendorosa Peggy Dors, tratando de desasirse de las garras de un hombre que la aferraba por la muñeca. El tipo rondaba los treinta años y era robusto, de anchos hombros y ojos separados.

Víctor se estaba mordiendo las uñas tras el escritorio, contemplando asustado la escena.

—¿Quieres soltarme de una vez? —dijo Peggy—. Te he dicho que no quiero saber nada de ti, Walter.

El llamado Walter soltó una carcajada.

—Eso no me importa, encanto. Eres tú quien me gusta a mí y eso basta.

Granger ya estaba abajo y, tras carraspear suavemente, preguntó:

—¿Puedo servirle de ayuda, señorita Dors?

La pelirroja volvió rápidamente la cabeza y se quedó mirando, parpadeante, al hombre que la interrogaba.

—No sé si usted debe meterse en esto, caballero.

—¿No?

Walter observó al joven con ojos rabiosos.

—¡No lo haga, señor Granger! —exclamó Víctor—. Es Walter Hayes.

—¿Walter Hayes? —retrucó Granger—. ¿Y por qué infiernos es famoso? ¿Quizá porque se dedica a asustar mujeres?

Hayes torció el gesto y replicó:

—Porque mato a hombres.

—¡Oh!

—Y ahora que ya se ha enterado, lárguese.

Hubo un suspenso y luego Paul Granger dijo:

—Suelte a la muchacha, Hayes.

Walter reflejó en el rostro una mueca de asombro.

—Repítalo, soy duro de oído.

—¡He dicho que la suelte!

—No sabe lo que dice —intervino rápidamente Peggy—. Márchese, caballero. Walter lo matará si trata de interponerse en su camino.

Walter Hayes rompió a reír de nuevo.

—Ya está avisado, míster… Ahora eche a andar y salga por esa puerta sin volver una sola vez la cabeza. Y la próxima vez que nos encontremos en la calle es posible que eche al olvido sus anteriores palabras, siempre que se decida a limpiarme con la lengua el polvo de las botas.

—Deje a la chica, Hayes —repuso Granger, con voz ronca—. Es mi última advertencia.

Walter empujó a un lado a Peggy y ésta tropezó, cayendo sobre una silla.

Víctor empezó a esconder la cabeza tras el escritorio sin dejar de gritar.

—¿Por qué no salen a la calle? Allí ventilarán sus desavenencias… ¡Esto es un hotel decente!

Hayes miró fijamente a Granger y dijo:

—¿Sabe una cosa? Se va a salir con la suya. Nunca he encontrado a un individuo que tuviese tanta prisa por morir.

Granger dio un suspiro.

—¿Qué más da antes que después?

—Suicida, ¿eh? Bien. Le prometo que tendrá una corona de flores de Walter Hayes.

—Que sean de siemprevivas.

—Van caras en esta época, pero haré un esfuerzo.

—Adelante, Hayes. Deme el pasaporte.

—Aquí lo tiene. Vea si le gusta.

Instantáneamente Walter corrió la mano derecha hacia la funda y tiró del «Colt». Pero, mucho antes de que pudiese apretar el gatillo, vio cómo de la diestra de Granger, que unas décimas de segundo antes estaba vacía, brotaba una llama. Tuvo la impresión de que la culata de su arma se ponía al rojo vivo y abrió los dedos, dejándola caer.

Todo sucedió tan aprisa, que se quedó allí asombrado y tuvo que

cerrar los ojos y abrirlos varias veces para cerciorarse de que no vivía una pesadilla. Pero al fin tuvo que convencerse de que Granger continuaba frente a él, observándole fríamente.

—¿Có… cómo lo ha hecho?

—Recoja su «Colt» y lárguese, Hayes. Pero métase esto en la cabeza: No vuelva a molestar a la señorita Dors. La próxima vez va a tener menos suerte.

Walter se humedeció los labios con la lengua, se agachó, cogió el revólver y lo enfundó. Luego echó a andar hacia la puerta.

Cuando hubo desaparecido, Peggy Dors exhaló un suspiro y se puso en pie.

—¡Es usted un hombre maravilloso!

De la parte del escritorio llegó un gemido y la cabeza de Víctor reapareció por encima del mostrador.

—Oiga, señor Granger, por lo que más quiera… Estoy dispuesto a pagarle dos semanas de estancia en el hotel de La Alegría.

Paul observó el cuerpo curvilíneo de Peggy Dors y dijo:

—Creo que para alegría ya tengo bastante con la que hay aquí.

Peggy abanicó las pestañas y dijo:

—Gracias, señor Granger.

—El encargado me ha dicho que trabaja en el Palacio de Nelsonville. Precisamente me disponía a echarle un vistazo.

—Oh, es una casualidad porque precisamente es la hora en que debía encontrarme allí —repuso Peggy—. Venía a cambiarme de vestido cuando me encontré a ese moscón de Walter. ¿Quiere esperarme sólo un minuto, Granger?

Granger asintió con la cabeza.

La joven subió al piso alto.

Granger se sentó en una silla y empezó a liar un cigarrillo bajo la mirada entristecida de Víctor.

De pronto, la puerta de cristales sé abrió e hizo aparición un matrimonio integrado por una mujer de unos treinta años y un hombre de unos cuarenta y cinco. Portaban maletas que dejaron en el suelo, junto al escritorio.

Víctor los saludó con su suntuosa sonrisa.

El hombre dijo:

—Oiga, buscamos un lugar tranquilo. Ya sabe, donde todos los ruidos estén suprimidos. Supongo que su hotel reunirá esas

condiciones.

Víctor dirigió una plañidera mirada a Paul Granger y en seguida volvió a sonreír.

—Naturalmente. No encontrará otro como el nuestro en Nelsonville. Aquí siempre se ha respirado paz y tranquilidad: hasta hoy.

—Muy bien —dijo la mujer—. Nos quedamos.

Víctor les señaló su habitación y el hombre, después de rellenar el formulario, se marchó con su mujer.

—¿Lo ha oído? —dijo el encargado, dirigiéndose a Granger—. ¡Aborrecen los ruidos, las peleas, los tiros!

—Magnífico —contestó Paul.

—¡No tendrán nada de eso si usted sigue aquí!… Usted es un terremoto, señor Granger… Una plaga devastadora. —Víctor sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente—. Estoy dispuesto a aumentar mi oferta. Le daré veinticinco dólares si se marcha.

Peggy Dors bajaba por la escalera y Granger se levantó, admirando el vestido rojo que contorneaba su cuerpo de diosa.

Sonriente, la ofreció su brazo y ella se colgó de él.

Ambos se dirigieron hacia la puerta. Antes de que saliesen, Víctor gritó:

—¡Treinta dólares, señor Granger!… ¡Por favor!

Pero Paul ni siquiera volvió la cabeza.

Capítulo V

Los jóvenes echaron a andar por la acera hacia la parte norte del pueblo. Muchos hombres se detenían, mirando con ojos codiciosos a Peggy Dors.

—Ya veo que es usted el número sensacional de Nelsonville —dijo Granger.

—No se me da mal —sonrió Peggy.

—¿Quién es el dueño del negocio donde usted trabaja?

—Ronald Adams.

—Debe hacer mucho dinero con su bochinche. Supe por ahí que Nelsonville es una ciudad próspera. Años atrás hubiera parecido imposible, pero ahora, según dicen, el cobre vale tanto como el oro.

—Esto es una localidad minera y ha acertado usted en eso de que el dinero entra en los bolsillos como el agua. La gente gana bastante para comer y les sobra para divertirse. Ronald Adams llegó aquí hace un par de años y se dio cuenta de que su filón consistía en recoger todo lo sobrante. Existían varios establecimientos para divertir a los mineros. Pero Ronald abrió el suyo y se trajo a un equipo de hombres con muchas agallas. El resultado fue que a la vuelta de algunos meses se había deshecho de la competencia.

—Un tipo listo, ¿eh?

—Sí, desde luego lo es. Pero si ahora mismo le echa un vistazo se preguntaría si es verdad lo que cuentan de él.

—¿Por qué?

—Parece totalmente un caballero. Se hace vestir en Denver por los mejores sastres y hasta ha aprendido cómo comportarse en la mesa mientras se come. Ahora su sueño dorado es convertirse en el marido de Ava Anders.

—Ava Anders —repitió Granger, como un eco.

—Sí. La señorita Anders es la dueña de las mejores minas de cobre de Nelsonville. Ronald Adams sabe bien lo que se hace.

—¿Y qué me dice de los sentimientos de la señorita Anders con respecto a Adams?

—Al principio ella le hacía ascos a la idea de convertirse en la esposa de un tipo como Adams, pero últimamente parece que se ha dejado impresionar por la fachada de nuestro hombre.

—¿Entonces usted cree que habrá boda?

—Estoy dispuesta a apostar a que sí.

—Hábleme más de ella, de la señorita Anders.

Peggy Dors observó el rostro de Granger.

—¿Simple curiosidad o es que acaso piensa destronar a Adams?

—Pura información. Cuando llego a un sitio me gusta conocer el terreno que piso. A veces uno se evita contratiempos si está al corriente de los detalles.

—Muy instructivo, señor Granger —la pelirroja hizo una pausa —. Hay una bonita historia relacionada con la señorita Anders. Ella era una mocosa cuando sus padres la trajeron aquí hace aproximadamente unos veinte años. Fue la época en que estas montañas se vieron invadidas por los mineros independientes. Estaban por surgir las grandes sociedades capitalistas que se harían al fin con el negocio. Usted no es de por aquí y no conoce aquella historia, pero yo también soy hija de un minero y recuerdo que hará tres lustros sobrevino en Nelsonville una gran catástrofe. Llovió por estos andurriales como si hubiese sobrevenido un segundo diluvio universal. Había un par de miles de personas que habían establecido sus chozas en una de las laderas de la montaña y allí estaban cuando se produjo un gran desprendimiento de tierra. Los que lograron salvarse, un par de centenares, contaron cosas espantosas. Las viviendas fueron aplastadas por las rocas como si fueran de juguete… En fin, en aquel alud encontraron la muerte los padres de Ava Anders. Por aquel entonces ya había empezado a hacerse notar en Nelsonville la inteligencia de un hombre llamado Peter Grace. Había llegado aquí con unos cuantos trozos de mineral. Compraba y vendía y siempre se las arreglaba para obtener una ganancia… Cuando en las industrias del Este comenzó a entenderse la aplicación del cobre, Peter Grace invirtió su dinero en la adquisición de los filones más prometedores. Naturalmente, los financieros de Nueva York vinieron acá en busca del mineral que necesitaban. Peter Grace se encontró en una posición privilegiada

para dialogar con ellos y el gran truhan se vio convertido de la noche a la mañana en millonario… Pero el muy zorro se reservó para sí una cuarta parte del terreno que tenía en propiedad para explotarlo por su cuenta y luego resultó que los nuevos pozos eran más ricos en mineral que los que habían vendido a la Anaconda.

—He leído muchas cosas acerca de Peter Grace —dijo Paul—. Pero parece que se ha desviado usted de la cuestión. Estábamos hablando de la señorita Anders.

—Precisamente llegaba a eso. Peter Grace vendió los pozos a las pocas semanas de haber ocurrido la catástrofe de la montaña. Cuando tuvo el documento en el bolsillo organizó una orgía con sus amigos en casa de Joe Burton. Al salir a la calle tropezó con un bulto que había junto a una puerta. Era una niña de cuatro años que estaba allí dormida. Petar Grace se sintió de pronto caritativo y ordenó que se le informase acerca de aquella chiquilla… Se le dijo que había perdido a sus padres en el corrimiento de tierras y entonces él, para conmemorar su triunfo, acogió a la pequeña… Sí, señor. El gran Peter Grace decidió ser un padre para Ava Anders, que así se llamaba aquella mocosa.

—Muy emocionante.

—Para que esté al corriente del cuadro completo sólo le falta saber, si es que lo ignora, que una hija de Peter llamada Helen lo abandonó seis o siete años antes. Helen Grace, que quedó sin madre al nacer, se enamoró de un minero. Su padre no quiso darle la autorización para casarse y a la muchacha sólo se le ocurrió huir con su Romeo, imaginando que con el tiempo su padre le concedería el perdón. Pero calculó mal. Peter Grace no quiso saber nada de su hija. De esa forma Ava Anders entró con el mejor pie en casa del millonario.

—¿Se supo algo de Helen Grace?

—No, aquella mujer desapareció como si se la hubiese tragado la tierra. Jamás he conocido a nadie en Nelsonville que haya sabido la menor noticia de su paradero. Probablemente marchó con su marido al Este o bien embarcó para Europa. Lo cierto es que el viejo Peter Grace murió y Ava Anders quedó como única dueña de su fortuna.

—Es una bonita historia.

Peggy Dors se detuvo señalando una casa sobre cuya puerta

apareció un gran cartel en el que se leía: «Palacio de Nelsonville».

—Ya hemos llegado —anunció—. Usted tendrá que entrar por aquí. Yo lo haré por la puerta trasera para ganar tiempo. Dentro de unos minutos he de aparecer ante el público para ejecutar mi primer número.

Paul Granger observó a lo lejos una casa construida sobre una colina.

Peggy Dors siguió la dirección de sus ojos y dijo:

—Ahí tiene la fortaleza de Peter Grace. Es donde vive ahora la altiva princesa. Peter Grace trajo un arquitecto francés de Europa para que le edificase su hogar. Impresionante, ¿verdad?

—Sí. Confieso que lo es.

—Bien, señor Granger. Nos veremos más tarde.

—Hasta luego, Peggy —dijo él, tocándose el ala del sombrero a guisa de saludo.

El sol, en su ocaso, teñía de rojo el horizonte montañoso y los ciudadanos de Nelsonville, recién lavados, se introducían en el establecimiento de Ronald Adams, deseosos de divertirse un rato después del esfuerzo realizado durante el día en los pozos y galerías de las minas de cobre.

Poco después, Paul se encontraba en el interior del local. Pronto pudo darse cuenta de que Ronald Adams no había escatimado dinero para dotar al establecimiento de un lujo fantástico. Esto, naturalmente, formaba parte del cebo que había puesto en el anzuelo. Espejos, lámparas, arañas, sillones, mesas, mostradores, el encerado del piso…, todo era de primera calidad.

Adams contaba con un buen equipo de trabajo y había querido sacar partido de aquella productiva industria.

El local se dividía en dos partes. La de la izquierda estaba destinada a los bebedores y a los espectáculos. Había más de un centenar de mesas y el mostrador se extendía desde la puerta hasta la pared del fondo. En un rincón se levantaba un escenario en que debían evolucionar las artistas. En el centro había tres columnas y equivalían a la frontera con el otro salón. Era éste el destinado al juego. Allí había dados, bacará, ruleta, mesas cómodamente dotadas para que los amantes emoción hiciesen sus partidas de faro, de póquer o de 21.

Paul se detuvo ante la ruleta y apostó un dólar. Perdió y se

retiró.

Dio un par de vueltas por el *saloon* y finalmente se decidió por los dados, en cuya mesa se había congregado mucha gente.

Un hombre con todas las trazas de minero había llegado a reunir un gran montón de billetes, quizá novecientos o mil dólares. En aquel instante estaba soplando los dados. Los arrojó suavemente y entre los curiosos se levantó una ola de expectación cuando ganó otra vez.

El hombre que hacía de banquero perdió el color.

—¿Se retira, señor Morrow? —dijo, con voz temblorosa.

—Oh, no —rió el jugador—. Ésta es la gran oportunidad que esperaba. Quiero ver a Ronald Adams en calzoncillos.

La salida fue alborozadamente festejada por los espectadores.

—¿Van dos mil? —preguntó Morrow.

El banquero se enjugó el sudor del cuello con un pañuelo y dijo:

—Tendré que consultarlo. Espere un momento.

Se apartó de la mesa y se dirigió hacia una puerta que había en un rincón, por la que desapareció. Poco después regresó diciendo:

—El señor Adams autoriza su postura de dos mil, señor Morrow.

—Estupendo. ¿Y por qué no viene él para presenciar el golpe?

—Está ventilando un par de asuntos.

—¿Le has advertido que probablemente no me detendré en los dos mil y que seguiré doblando?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha dicho?

—Que usted puede continuar tirando los dados hasta que se lleve la casa entera.

—¡Estupendo! —rió fuerte Morrow—. Quizá sea eso lo que termine por ocurrir. ¿Qué os parece, muchachos? ¡Lo llamaré el Palacio de Morrow!

Nuevas carcajadas acogieron aquellas palabras, y entonces Morrow se agachó sobre el hueco de la mesa y cogió los dados, que empezó a mover entre sus manos.

—Vamos, daditos, portaos bien… Vais a ser buenos con vuestro padrecito Morrow.

El silencio se hizo tangible en aquel rincón de la sala.

—Once contra la casa, doble o nada —dijo Morrow.

El banquero se humedeció los labios con la lengua e hizo un

movimiento afirmativo con la cabeza.

—Vamos allá, daditos —exclamó el jugador, y los arrojó otra vez.

Los dados corrieron pegando botes y después de golpear contra la pared frontal de la mesa volvieron hacia adelante. Al quedar quietos marcaban un cinco y un seis.

—¡Once! —Rugieron al mismo tiempo cuarenta gargantas.

Morrow se cogió el estómago mientras soltaba una carcajada.

El banquero abrió una caja con una llavecita y sacó un gran fajo de billetes que arrojó sobre los dos mil me la postura.

—Ahora son cuatro —dijo Morrow, enfebrecido—. ¡Todavía no cree el señor Adams que es útil su presencia?

El banquero respiró profundamente y negó con la cabeza.

—Haga su tirada, señor Morrow, si es que no se conforma todavía con su suerte.

—¿Lo habéis oído, muchachos? —rió el jugador—. El pobre Mike está sudando. Apuesto a que si sigue aquí se convierte en un charco de agua.

El pálido Mike cogió la pala y atrajo los dados hacia su lado. Nadie lo miraba. Todos los espectadores estaban riendo la ocurrencia de Morrow. Todos, excepto uno, Paul Granger.

Paul vio cómo Mike, el banquero, recogía los dados. Su puño izquierdo estaba cerrado. Abrió ligeramente el derecho y de pronto alargó la mano y tiró los dados hacia Morrow, diciendo:

—Está bien, señor Morrow. ¿Cuatro mil, triple o nada?

—Sí.

—Su punto es once.

—De acuerdo, muchacho.

Morrow sopló los dados antes de empezar a moverlos y otra vez reanudó su cantinela.

—Vamos, daditos, portaos bien con vuestro padrecito Morrow. Cuatro tiradas más y os pondré dentro de una campana de oro. Adelante, muchachitos.

Tiró de nuevo, y cuando los dados golpearon enfrente y volvieron hacia el centro de la mesa, señalaron un cuatro y un tres.

Hubo un impresionante silencio y luego Mike, el banquero, cantó:

—Lo siento, señor Morrow. Ha perdido.

Morrow estaba inmóvil con las cejas muy abiertas, mirando hacia los dados.

—No pueden haberme engañado —murmuró—. Ellos me dijeron que me darían otra vez el once.

Un hombre que estaba a su lado le palmeó la espalda.

—Olvídalo, Morrow. Son como las mujeres: te dicen una cosa y luego ya sabes, salen con otra.

Mike distendió los labios en una sonrisa y atrajo el dinero con la pala hacia su lado.

Granger echó a andar hacia la puerta por donde minutos antes había entrado Mike. Puso la mano en el pomo y entró sin llamar. Una vez dentro, cerró a sus espaldas.

Se encontró en un despacho lujosamente montado. En las paredes había cuadros con marcos de oro y el suelo estaba cubierto por una espesa alfombra. Tras una mesa se encontraba un hombre de unos treinta y cinco años de edad, rubio, de rostro bien parecido y rasgos enérgicos. Vestía elegantemente un traje a cuadros con corbata gris.

Estaba retrepado en un sillón, con los ojos cerrados, fumando un largo cigarro en actitud soñolienta.

—¿Qué pasa ahora, Mike? —preguntó, con vos cansada.

—No soy Mike, señor Adams.

Ronald Adams pegó un respingo al darse cuenta de que la persona que había enfrente a él era un desconocido, y frunció el ceño.

—¿Quién es usted? —preguntó, con fiereza.

—Digamos que soy un tipo que quiere pegar la hebra con usted.

Adams miró de pies a cabeza a su visitante y luego hizo una mueca.

—¡Lárguese antes de que se me ocurra pegar un campanillazo! —Adams señaló una campanilla plateada que tenía al alcance de su mano, sobre una mesa.

Hubo un silencio y luego Granger avanzó hacia delante y se dejó caer en un sillón.

—Caramba, es cómodo —comentó, displicente.

—Oiga, ya le he dicho —los ojos de Adams reverberaron de ira y de pronto alargó la mano y cogió la campanilla.

—Yo en su lugar no lo haría —dijo, rápidamente, Paul.

Adams detuvo su mano en la empuñadura de la campanilla y entrecerró los ojos, creyendo por un instante que su visitante le estaba amenazando con una pistola, pero se quedó asombrado al ver que no era así.

—Oiga, ¿es que está borracho?… Si es así, la casa cuenta con un estupendo lavabo.

—Está en todos los detalles, ¿eh, señor Adams?… Si un hombre bebe demasiado alcohol, puede vomitarlo y quedarse como nuevo para volver a empezar, sin que tenga necesidad de salir a la calle… Y si la diosa fortuna concede sus favores a un jugador arriesgado, uno de sus empleados se ocupa de cortar la racha.

—¿Qué es lo que está diciendo?

Granger se echó hacia delante sin dejar de sonreír y miró fijamente a los ojos de su interlocutor.

—He presenciado la serie del señor Morrow.

—¿Quiere decir que continúa ganando?

—Usted sabe que no, señor Adams. En el momento crucial, su empleado Mike cambió los dados buenos por otros cargados.

Hubo una prolongada pausa. Los dos hombres no dejaban de observarse.

—¡Usted no está en su sano juicio! —exclamó de pronto Adams.

—¿Por qué no deja ya de representar ese papel?… Pierde el tiempo conmigo… No pertenezco al rebaño de esos estúpidos que vienen aquí a llenarle los bolsillos.

Adams palideció presa de intensa furia.

—¡Le concedo tres segundos para marcharse!

Granger no se movió del sillón.

Adams apretó los labios y agitó la campanilla.

Al instante, una puerta lateral se abrió y en el hueco apareció un hombre. Frisaba los treinta años de edad y era de rostro moreno, ojos azules y grandes, nariz aguileña y labios gruesos. Vestía una camisa y pantalón negro y de sus caderas pendían sendos revólveres.

—¿Ocurre algo, jefe? —preguntó el recién llegado, deteniendo la mirada en Granger.

Adams empezó a recobrar el color y entonces distendió los labios en una sonrisa mientras miraba a Granger.

—¿Cuál es su nombre? Quiero hacer una presentación.

—Paul Granger.

—De acuerdo, señor Granger. Éste es Ray Saint.

—¿El pistolero?

—Sí, señor Granger, el pistolero.

Granger escrutó con la mirada a Saint y dijo:

—Lo creía a usted más joven. Debe estar acabado.

Ray Saint parpadeó asombrado.

—¿Qué está diciendo?

Ronald Adams se puso en pie de un salto.

—¡Escuche, Granger! ¡Tiene usted delante al hombre más temible de Colorado! ¡Ray Saint! ¿O es que no tiene aprecio a su vida?

Granger siguió sentado en el sillón y estiró las piernas como si se dispusiese a echar un sueño.

—Mucho gusto, Saint. Pero ahora márchese. Su jefe y yo tenemos que hablar de un asunto.

Saint, sin saber qué replicar, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se dirigió hacia el fondo.

—¡Quieto, Saint! —gritó Adams, fuera de sí.

El pistolero se detuvo y se volvió.

—Ha dicho que me marche.

—¡Soy yo quien te da las órdenes, Saint! Y hubo un nuevo silencio. Adams se mojó otra vez los labios.

—Señor Granger, le dije antes que no se encontraba en su sano juicio, pero ahora me doy cuenta de que su estado es mucho más grave de lo que creía. Lárguese ahora mismo o será Saint quien se las entienda con usted.

—No pienso pasar la noche aquí. Me iré cuando arreglemos lo nuestro.

—¿Lo nuestro?

—Quiero que me haga entrega de todo el dinero que haya podido perder Morrow durante los últimos diez días.

—Usted delira, Granger.

—No, Adams. Y será mejor que se dé prisa. Empiezo a aburrirme.

El asombro de Adams iba en aumento. Ray Saint se decidió a intervenir.

—¿Lo despacho, jefe? —preguntó, apoyando la mano derecha en

la culata del revólver de ese lado.

Adams observó otra vez a Granger.

—¿Lo ha oído? ¡Levántese de una vez antes de que Saint lo cosa contra el sillón!

Por toda respuesta, Granger se inclinó ligeramente del costado izquierdo y habló a Saint.

—Vaya a lucirse con los borregos del *saloon*, Ray. Aquí le he dicho que está de sobra.

Saint sonrió jactanciosamente.

—Hace tiempo que no los veía tan duros. Yo lo pondré blando, Granger…, como un bizcocho.

—Tonterías, Ray. Y de paso le diré que tiene muy mal gusto. Ese ropaje no le va…; parece un empresario de pompas fúnebres. Apuesto a que ha sido una idea del señor Adams. Ha querido impresionar a esos memos y lo ha convertido a usted en un payaso.

—¡Ya ha dicho bastante! —gritó Ray, y desenfundó.

Capítulo VI

Paul Granger sólo movió la mano una pulgada e instantáneamente sonó un estampido.

Ray Saint dio un grito y después de arrojar el revólver al suelo se cogió la mano que había sido atravesada por la bala de Granger.

—¡Maldito! —gritó como una criatura que hubiese recibido una azotaina—. ¡Me ha herido!

—Así es, Ray. Me he conformado con herirle, pero intente otra jugarreta con la mano izquierda y lo convierto en una momia.

Adams parpadeó incrédulo.

—¿Cómo se ha dejado sorprender, Ray? —gritó, enfurecido.

—¿Yo…? —retrucó el pistolero—. ¡Traté de desenfundar lo más rápido que pude!

—Ya le advertí que me parecía algo pasado —dijo Granger, y soltó un bostezo—. Vaya a curarse esa mano, Saint, y si vuelve a oír la campanilla, dedíquese a hacer solitarios. Le convendrá. En cuanto yo vea abrirse esa puerta, tiraré sin previo aviso.

Ray se marchó precipitadamente sin coger su revólver, que quedó en el suelo.

Adams miró a Granger mientras se pasaba un pañuelo por la sudorosa frente.

Paul enfundó el «Colt Navy» y se frotó las manos.

—¿Me va a dar ahora el dinero a que me referí antes?

Adams se pasó la lengua por el labio inferior y luego, reposadamente, dio la vuelta a la mesa y se apoyó en el borde más cercano al lugar en que se encontraba Paul.

—Confieso que me acaba de dar una lección, señor Granger.

—¿Sí?

—Creí que con Ray Saint tenía las espaldas cubiertas. Usted me acaba de demostrar que estaba equivocado.

—Bien; es cuenta suya. Suelte el dinero.

—¿Por qué tiene tanta prisa?

—Nunca me entretengo en una ciudad más de lo necesario.

—Al parecer, tiene usted una profesión muy interesante, señor Granger.

—¿Sí?

—Va de *saloon* en *saloon* por ahí, tratando de encontrar en falta a los empresarios.

—Bueno, digamos que hago de todo un poco.

—¿No le gusta asentarse en un sitio determinado?

—Soy nómada por naturaleza, señor Adams. Me gusta ir de una parte a otra.

—Quizá hasta ahora ha hecho usted eso porque no ha encontrado nada interesante que lo animase a quedarse en alguna ciudad. —Adams hizo una pausa, observando el rostro de Granger—. ¿Nunca ha recibido una oferta para realizar un trabajo?

—Alguna vez, pero no me ha interesado.

—Escuche la mía, señor Granger. —Adams cruzó les brazos—. Le daré trescientos dólares semanales si acepta ocupar el cargo que hasta ahora tenía Ray Saint.

Paul enarcó las cejas.

—¿Trescientos semanales?

—Eso es lo que he dicho. A esa cantidad debe añadir una prima de quinientos por cada tres meses que se mantenga usted en su puesto.

—Eso es mucho dinero, pero a usted le resultaría barato si yo tuviese que estar jugándome el pellejo continuamente.

—Usted no tiene que jugarse el pellejo continuamente, Granger. Los clientes del Palacio se portan bien. Es posible que alguno de ésos piense que aquí no se hace un juego legal, pero el miedo los hace callar. Los únicos escándalos se derivan de las reyertas que promueven entre sí los borrachos. Es entonces cuando usted, con ayuda de los hombres que pongo a su disposición, ha de aclarar las cosas en el menor plazo posible. Casi siempre, el negocio consiste en arrojar fuera a los alborotadores, y todo vuelve a quedar como una balsa.

—Lo pinta usted muy fácil.

—Es así, Granger. Si usted quiere, puede quedarse una semana como prueba. —Adams sonrió—. Estoy seguro de que prorrogará su

estancia más tiempo.

—¿Y Ray Saint?

—Le pagaré lo que le debo y lo echaré.

—¿Cuántos hombres tendré a mis órdenes?

—Media docena.

—¿Quiénes son?

—Oh, pistoleros profesionales, desde luego, pero ninguno se puede comparar con usted. Todos son peores que Ray Saint, y usted lo ha vencido a él con la misma facilidad que si jugase con un niño.

—¿Mi trabajo se ha de limitar al *saloon*?

—No. Cuando yo salga de aquí, usted ha de venir conmigo.

—Escolta, ¿eh?

—Sí.

—¿Por qué?

—Hace seis meses un minero intentó asesinarme.

Era de noche y logró asestarme una puñalada en un brazo. Acabé con él a tiros, pero me pudo costar caro.

—Comprendo.

Hubo una pausa.

—¿Qué contesta, Granger? Aquí puede labrarse un porvenir.

—Eso es lo que estaba pensando. —Granger se puso en pie—. Creo que voy a aceptar, señor Adams.

—Magnífico —sonrió Ronald—. Llamaré a los muchachos para que le conozcan.

Adams se dirigió hacia la puerta lateral.

—¡Espere! —dijo, de pronto, Granger.

Adams se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Qué quiere?

—No me ha hablado del dinero de Morrow. Era lo que quería llevarme de aquí. Mi negocio particular. No puedo echarlo a perder yo mismo aceptando su empleo.

—Es usted hábil, Granger. De acuerdo, lo tendrá.

—¿Cuánto?

—Quinientos dólares.

—Puedo preguntar a Morrow lo que perdió en los últimos diez días.

—Está bien, serán ochocientos. Pero no me pida un dólar más. Debe tener presente ahora que yo soy el patrón y usted un

empleado mío. Voy a pagarle mejor que a nadie, pero tendrá que obedecer mis órdenes sin rechistar.

Adams esgrimió una sonrisa en los labios y abrió la puerta lateral.

—¡Eh, muchachos! —llamó, mirando hacia fuera—. ¡Venid aquí!

Entraron tres hombres de mala catadura. No hacía falta ser un lince para saber que se trataba de individuos para quienes apretar el gatillo era una insignificancia, aun cuando el blanco fuese un hombre.

—¿Y los demás? —preguntó Adams.

Le contestó un tipo rechoncho de cabellos despeinados.

—Fuera, en el *saloon.*

—Diles que vengan. ¡Rápido!

El gordito se marchó y a poco regresó acompañado por otros tres individuos cuyo aspecto no era mejor que el de los otros.

—Bien, muchachos —empezó a decir Adams—. Éste es Paul Granger. A partir de ahora va a ocupar el puesto de Ray Saint.

Uno de los que había llegado del *saloon,* delgado, de nariz de ave de rapiña y boca torcida, observó a Granger con ojos fríos, carentes de emoción.

—Paul Granger —repitió—. No he oído su nombre en mi vida. ¿Qué es lo suyo?

Granger carraspeó, diciendo:

—Me dedico a cultivar fresas en primavera.

—Sí, ¿eh? —replicó el otro—. ¿Y qué hace el resto del año?

—Hago mondadientes.

Los pistoleros miraron a Granger con perplejidad, sin decidirse a creer sus palabras.

Adams se había sentado tras la mesa y permanecía al margen del diálogo, aun cuando estuviese pendiente de él. Había comprendido la situación. Aquellos hombres no conocían a Granger y éste, para hacerse obedecer, tendría que imponer su autoridad, cosa que, para aquella gente, sólo dependía de la superioridad en el manejo del revólver.

Tras el prolongado silencio, el rechoncho dijo:

—Creo que nos está tomando el pelo, Buck.

Buck era el escuálido. Hizo una mueca y respondió:

—¿Es cierto, Granger?… ¿Nos está tomando el pelo?

—Bueno, uno ha de pasar el rato como puede —contestó Paul.

—¡Maldito sea! —gritó Buck, y llevó la mano a la pistola.

Granger desenfundó como una exhalación e hizo un disparo.

Buck y sus compañeros quedaron inmóviles como estatuas. Ninguno de ellos había tenido tiempo para exhibir sus armas. La bala que había salido del «Colt» de Granger rozó la hebilla del cinturón de Buck y los pantalones de éste se vinieron abajo y quedó allí, mostrando un camisón que le llegaba hasta los tobillos.

Se hizo un pesado silencio que interrumpió Granger soltando una pregunta.

—¿Alguien quiere hacer otra prueba?

Ninguno de los pistoleros se atrevió a emitir una sola palabra.

—Está bien —siguió diciendo Paul—. Largaos y a ver cómo desempeñáis vuestro trabajo. Vais a caminar tiesos como postes. La disciplina es algo bueno. No olvidéis que soy vuestro jefe… ¡Andando!

Los pistoleros se pusieron en movimiento. Al pasar por la puerta lateral, Buck no tuvo en cuenta que se le habían caído sus pantalones y lanzó un alarido cuando se estrelló contra el suelo.

Sus compañeros lo sacaron en volandas mientras Ronald Adams reía con todas sus fuerzas.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Adams se dirigió a Paul.

—Es usted grande, amigo. Pensé que le costaría más trabajo metérselos en el bolsillo.

Granger hizo girar el revólver en su dedo índice y lo enfundó.

Adams se puso en pie, diciendo:

—Va a empezar inmediatamente su trabajo.

Paul hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y salió del despacho.

Capítulo VII

Granger pasó de largo por la sala de juego y cuando llegó a la otra parte descubrió a Peggy Dors en el escenario.

La joven cantaba un número picante que el público coreaba soltando fuertes risotadas.

Paul se acercó al mostrador y pidió un *whisky*. Estaba bebiendo un trago cuando oyó a sus espaldas un saludo.

—¿Qué tal está, juez Kendall?

Observó al juez. Era un hombre de unos cincuenta años, de cabeza pequeña rapada y boca cuyos labios se curvaban hacia abajo en las comisuras.

El juez soltó un gruñido a la persona que se había interesado por él y cogió un vaso de *whisky* cuyo contenido apuró de un trago. Después de pagar el importe se dirigió hacia la salida del local.

Paul fue tras él y cuando llegaron a la calle le llamó:

—¡Juez Kendall!

El aludido se detuvo, llevando instintivamente la mano al revólver.

—No haga eso, juez —le advirtió Granger.

El juez le observó con los ojos entrecerrados.

—No lo conozco a usted. Es nuevo aquí, ¿verdad?

—Sí.

—Pero usted sabe mi nombre.

—Lo oí casualmente en el local y se me ocurrió que tenía que hacerle unas cuantas preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Cierta persona me ha estado hablando de Peter Grace y he pensado que usted, como primera autoridad de la justicia en Nelsonville, podría ampliarme los informes.

Hubo una pausa.

—¿Cuál es su nombre?

—Paul Granger.

—¿Y qué interés tiene usted acerca de Peter Grace? El joven se encogió de hombros.

—Me ha intrigado algo su historia.

—¿Intrigado? No lo comprendo. Todo lo relacionado con Peter Grace está bien claro.

—¿Sí? ¿Y lo de su hija Helen?

—Bueno; la hija de Peter Grace desapareció hace muchos años. Nunca se ha sabido de ella. Probablemente murió.

—¿Tiene alguna prueba de ello?

—No.

—¿Ha tratado de conseguirla?

—Oiga, ¿qué demonios le importa a usted todo esto? —No se enfade, juez. Era simple curiosidad. Buenas noches.

Granger se tocó el sombrero y volvió a dirigirse hacia el Palacio de Nelsonville.

El juez se le quedó mirando un rato, frunciendo el ceño, y finalmente dio media vuelta y echó a andar con evidente aire preocupado.

Cuando Granger volvió a entrar en el establecimiento, se dio cuenta de que en una de las mesas dos hombres estaban a punto de llegar a las manos. El motivo de la disputa era una rubia menuda que se hallaba sentada entre ambos, mirándose displicentemente las largas uñas.

—Lárgate, Johnny —decía uno de los tipos, de cejas muy pobladas y bigote espeso—. Lárgate ahora mismo o te arranco de cuajo la dentadura.

Su antagonista, de ojillos de rata y mandíbula saliente, hizo una mueca.

—Eres tú el que sobra aquí, Barton. Ya te advertí que no tienes nada que hacer con Priscila. Ella es mi novia.

—¡Maldito bravucón! Ella sólo siente asco por ti, pero te tolera porque te tiene miedo. Ahora le voy a demostrar que no debe sentirlo.

—¿De qué forma? —preguntó, irónico, el llamado Johnny.

—Llevándote a puñetazos hasta la calle.

—¿Sí? Me gustaría verlo.

Barton echó el puño atrás al tiempo que se incorporaba. En ese

momento se oyó una voz autoritaria.

—¡Quietos, muchachos!

Los dos rivales observaron al hombre que acababa de dar la orden.

Granger se pasó el dorso de la mano por la barbilla mientras echaba una mirada a la rubia.

—¿Eres tú la manzana de la discordia? —preguntó.

La rubia dirigió a Granger una mirada descarada, mientras volvía a examinar sus uñas.

—¿Es que una no lo vale?

Granger hizo una mueca y se dirigió a los hombres.

—¿Saben lo que les digo, muchachos? Se van a sentar ahí, en las sillas, y cada uno se contentará con la mitad.

—¿La mitad? —chillaron a un tiempo Barton y Johnny.

—Eso he dicho… ¿Tienen algo que oponer?

Granger tiró de la culata del revólver unas pulgadas, os dos hombres observaron el arma y luego hicieron un movimiento negativo con la cabeza.

—Siéntense —ordenó Granger.

Ocuparon las sillas y Paul dijo:

—Tú, rubia, establece una frontera y ten cuidado con que ninguno de ellos se propase.

—De acuerdo, «Salomón» —dijo Priscila.

—Si volvéis a las andadas, os saco del establecimiento a puntapiés.

Tras la advertencia, Granger se dio cuenta de que Peggy Dors se dirigía hacia él. Unas cuantas manos se alargaron para cogerla, pero ella las evitó zigzagueando por entre las mesas.

Granger le salió al encuentro y admiró sus hombros desnudos.

—Vas a coger un refriado, pequeña.

—Soy más propensa a otras cosas —respondió ella intencionadamente, con un abaniqueo de pestañas—. Ronald Adams me acaba de decir que te has colocado a la cabeza del escalafón.

—Sí.

—Subes aprisa, ¿eh, Paul Granger?

—Uno tiene que preocuparse por su porvenir.

—Pero tú corres muy rápido. Habrás de tener cuidado.

—¿Con quién?

—Con Ronald, con Ray Saint, el fulano a quien has desbancado; con el juez…

—¿El juez?

—Me di cuenta de que salías tras él cuando yo estaba actuando en el escenario.

—Eres muy observadora.

—Todo lo tuyo ha empezado a interesarme. Siempre me han atraído los misterios, Paul Granger.

—Suposiciones tuyas. Soy como el agua tranquila que deja ver las piedras del fondo.

Ella le cogió una mano y se la apretó mientras decía:

—Quisiera bañarme en esas aguas.

—Anda, te invito a una copa.

Cogiéndola del tarazo, la llevó a un extremo del mostrador. Bebieron un *whisky* y luego Granger se puso a liar un cigarrillo. Ella le estaba observando y dijo:

—Doble contra sencillo a que me vas a hacer una pregunta, Paul.

El humedeció el papel con, la lengua, se puso el cigarrillo en los labios y le prendió fuego. Después de expulsar una bocanada de humo dijo:

—Háblame del juez Kendall.

—Pertenece a la época de Peter Grace. Entonces no era juez, sólo un simple abogado. No había otro en la localidad y ganaba bastante dinero con motivo de las reclamaciones sobre las propiedades mineras. Pero lo que le ayudó en su carrera fue que Peter Grace le eligiera como asesor. Entre él y Peter prepararon la venta de los pozos a la Anaconda.

—El juez se ganaría una buena comisión.

—Desde luego. Pero la tiró por la borda. Al juez le gustan demasiado las mujeres y otra cosa más importante. La emoción del juego. Debe haber perdido una buena fortuna.

—Sigue siendo juez.

—Kendall ha sabido pilotar su nave en las más duras borrascas. Mientras Peter Grace vivió no tuvo por qué preocuparse. Aquí todos suponían que cuando el viejo muriera, Kendall tendría que largarse, pero los que así pensaban lo subestimaron. De golpe y porrazo se hizo amigo de Ronald Adams.

—Aclárame eso, Peggy. ¿Recuerdas si eso ocurrió antes de la muerte de Peter Grace?

La pelirroja se mantuvo pensativa durante unos instantes y finalmente respondió:

—Sí, fue antes, desde luego. Lo recuerdo perfectamente porque aún vivía Grace cuando Ronald se tuvo que enfrentar con los propietarios de los otros *saloons.*

Algunos de ellos presentaron demandas contra Adams ante el juez Kendall.

—¿Y qué pasó?

—El juez se las arregló siempre para que Ronald Adams saliese bien librado.

—¿Y Peter Grace estuvo conforme con esa nueva alianza de su antiguo amigo?

—Peter estaba ya viejo y sólo quería morir tranquilo.

Granger dio una larga chupada al cigarrillo y luego murmuró:

—Supongo que Peter Grace haría testamento antes de morir.

—Sí.

—Y, naturalmente, el juez Kendall sería su albacea.

—Seguro. —Peggy frunció el ceño—. ¿A dónde quieres ir a parar, Paul?

—Me gustaría echar una ojeada a ese testamento.

—¿Por qué?

—Me atraen también los misterios, pero prefiero aclararlos.

—¿Crees que hay gato encerrado?

—Es lo que quisiera saber.

—Podrías decirle al juez Kendall que te lo mostrase.

—Tendré que valerme por mis propios medios.

Peggy dio un suspiro y dijo:

—Creo que te vas a complicar la vida innecesariamente. Ese testamento no debe contener ninguna cláusula de importancia. Me consta perfectamente que el viejo estaba loco con Ava Anders y es lógico que le dejase a ella su fortuna. Fue su última voluntad y ésa ha sido proclamada a los cuatro vientos.

En ese instante oyeron la voz de Ronald Adams carca de ellos.

—Lamento interrumpir el diálogo.

Granger y Peggy se volvieron.

Adams, elegante como un dandi de Nueva York, se cubría la

cabeza con un sombrero «Stetson».

—Ha de venir conmigo, Granger.

—¿A estas horas?

—Tengo una cita importante y a partir de las nueve de la noche acostumbro a hacerme acompañar por el jefe de mi escolta.

Granger hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se despidió de Peggy.

Adams salió por la puerta y Granger lo alcanzó en la calle.

Delante, cerca de la calzada, esperaba un carruaje, y al pescante había un hombre. Adams subió al asiento trasero e indicó a Granger con la mano que se sentase a su lado.

Inmediatamente el auriga hizo chasquear el látigo y el caballo que tiraba del vehículo emprendió el trote, dio una vuelta y empezó a rodar por la carretera que conducía a la casa de la colina.

Granger sabía dónde se dirigían, pero lo preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A casa de mi prometida, la señorita Anders.

—No sabía que estuviese a punto de casarse.

Adams se arrellanó en el asiento, sonriente.

—Dicen que el estado perfecto del hombre es el de casado y quiero cerciorarme de ello.

—¿Ha dicho la señorita Anders?

—Sí.

—¡Demonios! He oído decir que es la dueña de Nelsonville.

—Hay mucho de verdad en ello.

—Le felicito, señor Adams. Eso de casarse con una millonaria debe ser algo estupendo.

Adams emitió una risita de complacencia.

Guardaron silencio mientras el coche serpenteó en la noche por la carretera que trepaba por la colina.

Tuvieron que detenerse ante una puerta de hierro y, a un grito del conductor, un hombre que había dentro les dejó el paso libre.

El coche rodó ahora por un camino llano y se detuvo ante un gran pórtico cuya escalinata tenía no menos de veinte peldaños de mármol blanco.

Adams y Granger saltaron del carruaje y subieron al pórtico.

El dueño del Palacio de Nelsonville cogió un gran aldabón y dio dos golpes que resonaron dentro de la casa.

Les abrió un criado, que hizo una reverencia invitándoles a pasar.

En el *hall*, Granger se quitó el sombrero mientras lanzaba un silbido contemplando la magnificencia con que la mansión había sido construida.

—¡Infiernos! —exclamó, en tono admirativo—. Peter Grace debió invertir aquí un buen pellizco.

Se acercó a un cuadro que había colgado en la pared, en que se reflejaba a la diosa Venus saliendo de las espumas del mar.

En ese momento se oyó un suave taconeo. Granger tenía a su derecha una cortina que le impedía ver la persona que se aproximaba, pero que al propio tiempo le mantenía a él ignorado.

Dobló la cabeza y vio que Adams alargaba sus manos para coger la que Ava Anders le tendía.

La joven se cubría con un vestido negro que realzaba su maravillosa hermosura. Tenía los cabellos recogidos atrás y así el óvalo de su cara era perfecto.

—¿Cómo estás, Ronald? —preguntó.

—Mejor que durante el resto del día porque me encuentro a tu lado.

Granger observó cómo Ava enrojecía.

Adams pretendió besar a la joven y ella ladeó la cabeza, ofreciéndole la mejilla.

En ese instante, mientras él la besaba, los hermosos ojos femeninos se detuvieron en la figura inmóvil de Granger. La joven se estremeció y en su bello rostro se dibujó una mueca de perplejidad.

Capítulo VIII

Adams se apresuró a decir:

—Oh, querida… Éste es Paul Granger, un nuevo empleado.

Granger hizo una leve reverencia.

—Encantado de conocerla, señorita Anders.

La joven fue a replicar algo, pero se interrumpió y se limitó a hacer una inclinación con la cabeza.

—¿Pasamos a la sala? —preguntó Adams.

Ava se llevó la mano izquierda al cuello del vestido sin dejar de mirar a Granger y luego dijo, con voz que quería ser dulce:

—Sí, querido.

Ronald se dirigió a Paul, advirtiéndole:

—Espere por aquí.

—De acuerdo, señor Adams.

Granger los siguió con la mirada hasta que desaparecieron por una puerta que se cerró tras ellos. A quedar solo, distendió los labios en una sonrisa.

Vio pasar por el *hall* al criado que les había abierto la puerta y le pegó un silbido.

El criado casi se quedó suspendido en el aire y volvió la cabeza, haciendo una mueca como si estuviese oliendo a podrido.

—Ven acá, muchacho —le dijo Granger.

El aludido se acercó andando ceremoniosamente. Se quedó quieto e, inclinándose hacia delante, preguntó:

—¿Qué desea el señor?

—¿Cómo te llamas?

—Tom, señor.

—Muy bien, Tom. En primer lugar a mí no me vengas con esas tonterías. No estamos en una recepción. Tu espinazo te lo agradecerá. ¿Dónde se puede repostar?

—¿Repostar?

—Sí, hombre. Me estoy muriendo de sed.

—Perdone el señor, no lo había entendido. En seguida le traigo agua.

—¿Agua? Ya me lavé esta mañana… Lo que yo quiero es *whisky*, y apuesto mis calcetines a que aquí lo tenéis del bueno.

El criado pareció que iba a echarse a llorar, pero por último forzó una sonrisa y dijo:

—Le serviré una copa.

—Está bien, pero no aquí. Supongo que en esta choza no faltará una biblioteca.

—Naturalmente, señor.

—Leeré un poco mientras bebo.

El criado hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Sígame, señor.

Tom abrió la puerta de la habitación contigua a la en que se hallaban Ava Anders y Ronald Adams.

Granger se mostró más asombrado cuando se encontró en un suntuoso despacho. La mesa y las sillas estaban ricamente labradas, sobre el piso había una alfombra que debía haber costado un buen puñado de dólares y dos de las paredes aparecían cubiertas de libros. Detrás de la mesa había un cuadro en el cual se reflejaba un hombre de unos sesenta años de edad.

Granger se cruzó de brazos delante del cuadro, examinándolo mientras el criado hacía ruido de cristal a sus espaldas.

—¿El viejo, eh? —murmuró Paul.

Tom soltó un fuerte carraspeo y dijo, con tono ofendido:

—Es el difunto señor Grace.

Paul observó que Peter Grace parecía guiñar un ojo.

—¿Qué es lo que le pasó cuando lo estaban pintando? ¿Se tragó una mosca?

Oyó por detrás un gruñido.

—El señor Grace padeció en sus últimos años de un tic nervioso. El pintor que trajo el señor de Denver no hubiese querido pintarlo con su defecto, pero el señor Grace se empeñó en que debía salir tal como era.

—Fue una buena idea… Seguro que la mujer que entre aquí, en cuanto le eche un vistazo al cuadro, se mirará el escote para ver si enseña algo más de la cuenta.

—El señor es muy gracioso —dijo Tom, con retintín, mientras extendía la bandeja, sobre la cual había un vaso de *whisky*.

Paul cogió el vaso y, volviendo la mirada al cuadro, brindó:

—Por tus millones, viejo.

Tom se puso lívido y preguntó seguidamente:

—¿Desea alguna cosa más el señor?

—Sí. Que dejes la botella a mano. Cuando haya terminado el señor Adams con su visita, me llamas.

El criado hizo otra reverencia y se marchó.

Paul se dejó caer en un mullido sillón y apuró el *whisky* del vaso.

Sintió repentinamente un fuerte calor y echó una mirada a la botella que había dejado Tom sobre la mesa. Chasqueó la lengua y se levantó para servirse otra ración.

—Ha resultado ser más bueno de lo que yo creía —dijo, entusiasmado, pero al poco rato estaba sudando y al dirigir la mirada atrás vio un balcón cerrado. Caminó hacia él y lo abrió, respirando con fruición.

De pronto oyó una voz, la de Ava Anders.

—Eso no está bien, Ronald.

—¿Qué tiene de particular que te bese? —le contestó Ronald Adams—. Vamos a ser marido y mujer.

Paul se quedó inmóvil. Ronald y Ava se encontraban en el balcón cercano, a menos de un par de yardas de él.

—Ya me besarás cuando nos casemos —dijo la joven.

—¿Fijamos de una vez la fecha?

—Ya te he dicho que será en el próximo otoño.

—Santo cielo, ¿para qué esperar tanto?… ¿Es que no te das cuenta, Ava? Todavía faltan cinco meses.

—Necesito mi equipo. He de ir a Denver para encargarlo.

—Todo eso lo podemos conseguir en diez días. Sabes que el dinero todo lo puede. Bastará que te presentes en Denver para que tengas a tu disposición una docena de modistas.

—Pero… yo… —balbució la joven, débilmente.

—Oh, Ava, terminemos de una vez con este suplicio. Te quiero. Pienso en ti a todas horas… Deseo ser tu esposo… Si lo demoras hasta el otoño, no sé qué va a ser de mí.

Hubo una larga pausa.

Paul Granger se dio cuenta, sorprendido, de que el corazón le

galopaba dentro del pecho. ¿Por qué le ocurriría aquello? ¿Acaso porque estaba escuchando una conversación a la que no tenía derecho?

En aquel momento, Ava Anders contestó:

—Está bien, Ronald. Me casaré cuando tú quieras. Paul sintió un vacío en el estómago, mientras sus piernas le flaqueaban.

Comprendió en un instante cuál era la causa de la emoción que lo embargaba. ¡Se había enamorado de Ava Anders!

La voz de la joven le volvió a la realidad.

—Oh, no, Ronald… Ya te he dicho que eso no.

Paul sintió deseos de interrumpir la amorosa escena, pero le detuvo la respuesta de Adams.

—Oye, querida, es la costumbre. Acabas de dar la conformidad a nuestra boda y es lógico que ahora te bese.

—¡En la mejilla!

—¿Otra vez? Estoy harto de besos en la mejilla. —Tendrás lo que deseas cuando nos casemos. Ronald dio un prolongado suspiro y dijo:

—Está bien, en la mejilla.

Paul oyó un chasquido, y aunque no le gustó mucho, se dio por satisfecho.

—¿Te parece bien el día veinticuatro de este mes? —propuso Adams—. Es jueves.

—Faltan solamente quince días.

—Puedes marcharte mañana mismo a Denver para preparar lo que necesites.

—Muy bien, me iré mañana —convino Ava—. Ahora quisiera descansar.

—Ya me marcho, querida. ¿A qué hora piensas salir para Denver?

—A las diez.

—Vendré a despedirte. Te deseo un buen descanso.

Paul oyó otro chasquido y crispó los puños. Oyó los pasos de Adams, que se retiraba del balcón y de pronto ella lo llamó.

—¡Ronald!

—¿Sí, querida?

—Ese hombre… ¿Cómo has dicho que se llama? Oh, sí, Granger. ¿Por qué lo has empleado?…

—Me hizo una pequeña demostración de su habilidad con el revólver y pensé que sería un buen elemento para mantener el orden en mi *saloon.*

—¿Quieres decir que es un pistolero?

—A juzgar por su forma de manejar el «Colt», cualquiera juraría que lo es, pero…

—¿Qué, Ronald?

—Jamás he oído hablar de él ni tampoco ninguno de mis hombres.

—¿Le has preguntado su procedencia?

—No. Ahora recuerdo que me tuvo sin cuidado.

—¡Oh!

Sobrevino un nuevo silencio y luego Adams inquirió:

—¿Por qué esas preguntas, Ava?

—No sé… Quizá sea porque me ha llamado la atención.

—Voy a tener celos —rió Adams.

—No lo he dicho en ese sentido. Me refiero a que parece tan distinto a Ray Saint…

—Bueno, creo que me has dado una idea. Le preguntaré en el camino de regreso. Hasta mañana, querida.

Paul se apretó con fuerza la quijada y permaneció en aquella actitud un minuto.

De pronto escuchó los pasos de Tom, que se acercaba a la puerta. Salió de su inmovilidad, sacó el «Colt Navy» de su cadera derecha, corrió hacia el sillón donde había estado sentado minutos antes y lo colocó junto a un brazo, en la parte inferior del asiento.

La puerta se abrió y oyó la voz del criado.

—Señor Granger, el señor Adams lo espera.

Paul bebió el último trago de *whisky* y, después se dejar el vaso, dijo:

—Tienes un *whisky* estupendo, muchacho. Ya vendré por aquí otro día.

El criado miró al techo, deseando, quizá, que el cielo no consintiese tal repetición.

Ronald Adams estaba en el *hall* y dirigió una mirada de curiosidad a Granger cuando éste se acercó sonriente.

Salieron fuera y montaron en el coche.

Cuando el vehículo salió a la carretera, Adams disparó la

pregunta que Granger esperaba.

—¿De dónde viene, Granger? Ya sabe a qué me refiero.

—De Topeka, Kansas.

—¿Qué hacía allí?

—Trabajaba en un circo.

—¿Un circo? —Adams observó a Paul no muy seguro de que éste hablase en serio.

—Tenía un número en que yo hacía gala de mi puntería. Llevaba una acompañante, una joven que se ponía el cigarrillo en la boca y en los oídos. Yo me colocaba a una distancia de diez yardas y rompía cada cigarrillo de un solo balazo.

—¿Cómo se llamaba el circo?

—Ravling.

—¿No es ése donde va Búfalo Bill?

—El mismo, señor Adams. Búfalo y yo somos como uña y carne.

—Pero allí ganaría usted mucho dinero.

—Bah, poca cosa. Solamente para ir tirando.

—¿Lo dejó por eso?

—No fue la verdadera razón. Resulta que mi acompañante estaba casada y… Bueno, ella era mujer di muchas curvas y bastante comprometedora. La quise dar de lado en un principio, pero uno es de carne y hueso… Tuve mala suerte. Resulta que cuando me decidí, el marido, que era el tragasables, nos sorprendió… Se armó una buena y el gerente me puso de patitas en la calle. Quise montar el número por mi cuenta, pero después de pasar mucha hambre, me cercioré de que mi habilidad con el revólver me podía proporcionar dividendos en otra clase de negocio.

Adams lanzó una carcajada.

De pronto, Granger se tocó la funda que gravitaba junto a su cadera derecha y exclamó:

—¡Infiernos! Me he dejado olvidado el revólver en casa de la señorita Anders. Lo saqué un momento para rellenar el compartimento que había vaciado cuando disparé contra Ray…

El coche había entrado ya en la ciudad y estaba a punto de detenerse ante el palacio de Nelsonville.

Adams arrugó la nariz.

—Debía tener más cuidado ahora que no trabaja en un circo. Ha

de recordar que he puesto en sus manos mi seguridad.

—Lo siento, señor Adams. Me llegaré en un instante allá y lo recuperaré.

—De acuerdo. Steve lo llevará, pero no tarde mucho.

Adams saltó del coche y Granger ordenó:

—Adelante, Steve.

El conductor hizo restallar de nuevo el látigo y la cabalgadura dio otra vez la vuelta y emprendió el camino hacia la casa de la colina. Al llegar ante la puerta de hierro forjado, Granger dijo:

—No es necesario que entre, Steve. Espéreme aquí.

Granger bajó del carruaje y como viese que la puerta estaba cerrada, trepó por ella y se dejó caer al otro lado. Luego se encaminó hacia la casa que había al fondo.

Dio un golpe con el aldabón y poco después Tom le abrió.

—Aquí me tienes otra vez, chico —dijo, pasando a lado.

Tom hizo una de sus acostumbradas muecas.

—Lo siento, señor, pero no puede entrar.

Pero ya Paul se encontraba en el *hall*.

—Olvidé el revólver, muchacho. Yo mismo iré a la biblioteca por él.

—No es necesario que se moleste, señor.

Granger se metió una mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes, del cual separó diez dólares que alargó a Tom, mientras decía:

—En realidad es el *whisky* el que me interesa. Supongo que la botella estará en el mismo sitio.

Tom carraspeó, mirando a un lado y otro por si acaso lo vigilaban. Por último cogió los diez dólares y se los embolsó.

Seguidamente, Paul se encaminó a la biblioteca.

El balcón continuaba abierto.

Se deslizó sin hacer ruido y al asomar la cabeza vio a Ava Anders apoyada en la baranda del balcón. La joven estaba mirando las estrellas, pensativamente.

—La de la derecha se llama Orion —dijo Granger.

Ava lanzó un grito, sobresaltada, y se volvió rápidamente.

—¡Usted! —exclamó, llevándose una mano a los labios.

Capítulo IX

Granger dio un paso hacia la joven.

—¡No se acerque! —le ordenó Ava.

—No pensaba acercarme —mintió descaradamente Paul.

—¿Qué hace usted aquí?

—Olvidé una de mis pistolas y vine por ella.

—¿La tiene ya?

—No, todavía no, pero supongo que estará ahí dentro, en la biblioteca.

—Será mejor que la busque y se marche inmediatamente.

Granger hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Iba a entrar en la habitación, pero de pronto se volvió.

—¿Por qué me tiene miedo, señorita Anders?

Ava levantó orgullosamente la barbilla con aquel gesto suyo tan peculiar.

—¿Miedo, yo de usted?

—Sí.

—No me haga reír, señor Granger.

—Lo está demostrando ahora mismo.

—¿Simplemente porque le ordené salir de mi casa? —Bueno, yo pensé que puesto que somos amigos, podríamos charlar un poco.

—Parece olvidar usted algo importante, señor Granger. —¿El qué?

—Nuestra distinta posición.

Granger cruzó los brazos y se pellizcó la barbilla.

—¿Es eso tan importante?

—Yo soy Ava Anders.

—¿Dónde he oído yo antes eso? —murmuró Granger, con ironía.

Las aletas de la nariz de Ava palpitaron.

—No me ha dejado terminar. Me voy a casar con su patrón, con el señor Adams.

—Mil felicitaciones —dijo él, con una reverencia.

—Y usted solamente es un empleado suyo. Un individuo al que él paga para que mantenga el orden en su *saloon.*

—¿Y bien?

—Creo que sobran todos los comentarios. Son ya las once de la noche, señor Granger, y, en tales circunstancias, no creo que sea muy prudente el que usted esté aquí a mi lado.

—Oh, sí. Alguien puede vemos. —Granger señaló hacia los árboles que crecían en el jardín sumidos en la oscuridad—. Cualquiera que pase por ahí nos puede reconocer.

—No me gustan sus chistes.

Granger sacudió la cabeza y preguntó:

—¿Por qué se va a casar con él?

La joven lo miró, asombrada.

—¿Cómo se atreve?

—Está bien, me estoy atreviendo, pero usted, al parecer, no. Apuesto a que ni siquiera se ha preguntado a sí misma por qué se casa con ese hombre.

Ella apretó con fuerza los labios y repuso:

—Porque lo quiero.

El negó con la cabeza.

—Eso es una solemne mentira.

—¡Señor Granger!

—Le repito que es una solemne mentira… Usted no quiere a Ronald Adams.

Ava cerró sus pequeñas manos y respiró con dificultad. Su belleza ganó en atractivo para Granger.

—¿Qué le hace suponer que no lo quiero? —preguntó ella.

—Eso es algo que se descubre en seguida. Basta con escucharlos a ustedes.

—¿Escucharnos? —Ava hizo un mohín de perplejidad, y de pronto miró las puertas abiertas del balcón que correspondía a la biblioteca—. ¡Usted nos ha estado espiando!

—No se ponga histérica, tesoro… Yo estaba allí tranquilamente probando su *whisky*. Sentí calor, abrí el balcón y…, bueno, ustedes estaban de palique.

—¡Es la mayor impertinencia que he oído en mi vida!

—¿Por qué no deja eso, señorita Anders? Me da la impresión

que trata de eludir su propio problema.

—¡No tengo ningún problema!

—Claro que lo tiene. Estábamos en que no quiere a ese hombre. Usted lo reconoce.

—¡No lo reconozco! —respondió ella, con aire ofendido.

—Mire, jovencita, cuando una mujer quiere a un hombre, no tiene ningún inconveniente en que él la bese.

—¡Eso es una tontería! —dijo ella, con voz más suave.

—En absoluto. No es ninguna tontería. La mujer desea que el hombre a quien ama la acaricie, la abrace, la apriete contra su pecho…

Granger dio dos pasos hacia ella al tiempo que hablaba y ahora Ava Anders no se movió porque sus ojos estaban fijos en los de él.

—Eso es absurdo, señor Granger.

Paul llegó a su lado y siguió hablando.

—Eso es el amor, señorita Anders… La compenetración de dos seres, un hombre y una mujer…, y esa compenetración sólo puede llegar con un mutuo acercamiento… ¿No ha visto cómo se arrullan los palomos?… ¿No ha visto en primavera cómo el caballo roza su cabeza con la yegua?…

Ava parecía haberse convertido en una estatua. Granger estaba muy cerca de ella, tocándola casi, y entonces pasó muy suavemente el brazo por detrás de la espalda femenina y la atrajo hacia sí al tiempo que acercaba su rostro.

Granger besó los labios rojos suavemente, y al separarse vio que ella tenía los ojos cerrados, y entonces la volvió a besar, apretándola más contra sí.

Nuevamente se separaron, y entonces Ava abrió los párpados y lo miró con asombro.

—¡Señor Granger! —gritó—. ¿Qué es lo que ha hecho? —retrocedió, alejándose de él.

—Lo siento, señorita Anders, pero parece que me he excedido un poco en mi explicación.

—¡Usted… usted se ha querido aprovechar de la situación! Yo lo estaba escuchando atentamente y…

—Termine lo que iba a decir.

—¡Salga inmediatamente de mi casa! ¡Márchese o llamo a los criados!

Granger sonrió.

—No será necesario. Ya me voy.

Entró en la biblioteca, cogió su revólver y lo enfundó. Luego salió al balcón. Ella parecía que lo estaba esperando.

—Buenas noches, señorita Anders.

—Le ruego que a partir de ahora sea menos desmemoriado.

—Lo procuraré. —Iba a dar media vuelta y de pronto se detuvo—. Señorita Anders.

—Diga.

—¿Va a romper su compromiso con el señor Adams?

—¡De ninguna manera!

—Muy bien… Le repito mi enhorabuena.

Seguidamente, Granger abandonó la casa.

* * *

Quince minutos más tarde descendía del vehículo frente al Palacio de Nelsonville.

Se dio cuenta de que Ronald Adams le estaba esperando a la entrada del local.

—Se ha demorado bastante, Granger —dijo Adams, con cara hosca—. ¿Qué infiernos le ha ocurrido?

—La puerta del jardín estaba cerrada y tuve que saltar… ¿Alguna novedad?

—Se acaba de armar una buena zarabanda entre dos tipos que quieren a una misma mujer.

—¿Sí?

—Uno de ellos, un tal Barton, pretende abrir en canal a una de las chicas. Quiere llevarse la mitad de ella a su casa.

Granger dio un suspiro y exclamó, entrando en el establecimiento:

—Esos tipos se lo tomaron en serio.

Adams cruzó los brazos, permaneciendo en el pórtico.

Aún no hacía dos minutos que Granger había desaparecido cuando sonó un fuerte restallido. Las puertas de vaivén se abrieron y un hombre salió lanzado como un proyectil.

Inmediatamente se oyó en el interior un fuerte ruido a cascajo, y otro sujeto soltó un alarido y salió despedido por la puerta.

Los dos fulanos rodaron como pelotas por la escalera y se

detuvieron en la calle.

El llamado Barton se incorporó gimiendo.

—¡Demonios!… Yo sólo quería de ella mi parte.

Dio un traspié, porque, evidentemente, estaba borracho, y empezó a alejarse.

El otro, Johnny se levantó tocándose la mandíbula y exclamó, mirando a Adams:

—¿Qué clase de mula se ha escapado?

En ese instante apareció Paul Granger frotándose una mano contra otra.

—Listo, señor Adams. Se acabaron las dificultades.

Johnny le echó una mirada y salió corriendo despavorido.

Adams sonrió y, pegando una palmada en la espalda de Granger, dijo:

—Buen trabajo, muchacho. Tienes también buenos puños. Cada minuto que pasa me das una nueva sorpresa.

Paul Granger le dirigió una mirada y replicó, sonriente:

—Esto sólo es el comienzo, patrón. Todavía le tengo reservadas unas cuantas.

Adams hizo un movimiento con la cabeza y, sin dejar de sonreír, se introdujo en su negocio.

Paul empezó a golpear el puño derecho contra la palma de la mano izquierda, mientras sus ojos estaban fijos en la casa de la colina, una de cuyas ventanas brillaba en la oscuridad de la noche.

Capítulo X

Granger utilizó como palanqueta la pequeña barra de hierro de que se había provisto y la ventana que pretendía abrir pegó un crujido que sonó como un cañonazo en el silencio de la noche.

Eran las cuatro de la madrugada del tercer día de su estancia en Nelsonville. Ava Anders se encontraba ya en Denver preparando su equipo de novia.

Paul se había informado acerca del lugar en que se ubicaba el domicilio del juez Kendall y ahora se encontraba en aquel callejón oscuro para realizar una investigación que creía necesaria.

Dejó correr unos minutos y por fin llegó a la conclusión de que el ruido no había sido escuchado por nadie. Entonces sacó la barra y levantó la ventana corredera lo suficiente para que pudiera introducirse en la habitación.

Se deslizó sigilosamente y, una vez en la otra parte, contuvo la respiración. Quedó en cuclillas, inmóvil, acostumbrando sus ojos a la oscuridad.

Vio varias sillas y una mesa al fondo que parecía el pupitre de un escolar. En un rincón había un armario y sobre éste una pequeña lámpara de petróleo, que encendió con un fósforo.

Se dedicó primero a la mesa. Abrió un cajón y echó una ojeada a los papeles que contenía. No encontró nada que le interesase. Le llegó el turno al otro cajón con idéntico resultado. Entonces se frotó el mentón, pensativo. Vio un libro sobre la mesa y lo cogió. Era una especie de índice alfabético. Buscó rápidamente en la G y descubrió el nombre de Grace. A su lado había un número. El ciento veintiocho.

Entonces se dirigió al armario y vio a través de los cristales de arriba que en los anaqueles había un montón de legajos con un número de orden. En una de las pilas estaba el ciento veintiocho, el que correspondía a Peter Grace. Pero las puertas estaban cerradas

con llave y ésta no se veía por ninguna parte.

Dio un suspiro y sacó un pequeño alambre que no hubiese querido utilizar, pero que llevaba consigo también para el caso de que lo necesitase.

En poco más de un minuto consiguió abrir y sacó el legajo que deseaba examinar. Había muchas escrituras de propiedades mineras y todo ello estaba a nombre de Peter Grace. También vio un documento en virtud del cual Grace vendía a la Anaconda más de cincuenta propiedades mineras.

El corazón le dio un vuelco cuando sus dedos tocaron un manuscrito cuyo epígrafe decía: «Testamento de Peter Grace».

Lo leyó rápidamente y quedó decepcionado. Peter Grace dejaba todos sus bienes a Ava Anders. También hacía legados al juez Kendall y a los criados que le habían servido, pero en el testamento no se hacía mención alguna respecto a aquella hija que se había fugado con un minero.

Observó la firma de Peter Grace y las de los testigos. Éstos eran Spencer Cronin, médico, y Lawrence Ozaki, comerciante.

Paul devolvió el legajo al armario y poco después salió de la casa. Cerró la ventana y echó a andar, regresando a la calle principal, sumido en profundas reflexiones.

Minutos más tarde se encontraba en su cama del hotel fumando un cigarrillo. De pronto llamaron a la puerta de comunicación con la habitación veintidós. Una voz susurró:

—¿Estás ahí, Paul?

—Sí, Peggy. ¿Qué ocurre?

—Tengo una terrible jaqueca que no me deja dormir.

—¡Vaya por Dios!

—He tomado una medicina que me recetó el doctor Cronin, pero no me ha hecho efecto.

—Quizá necesites otra ración.

—Oh, no. Amarga horriblemente.

Hubo un silencio.

—Paul.

—¿Sí?

—Creo que con un masaje se me quitaría.

—¿Estás segura?

—Podemos probar.

—Está bien. —Granger se levantó y se quedó sentado al borde de la cama.

Peggy hizo girar una llave en la cerradura desde el otro lado y la puerta quedó abierta.

—Buenas noches —murmuró, con voz débil.

Paul volvió la cabeza y la observó. Se cubría con un salto de cama adornado con mucho encaje.

Peggy Dors hizo un mohín y se cogió con la punta de los dedos su parca vestimenta.

—¿Te gusta? Es un modelo de Nueva York. Dicen que lo llevan las señoras de Boston.

—Pareces un ángel.

—Oh, Paul.

—Un ángel con jaqueca, ¿no es así? —sonrió Granger.

—Desde luego.

—Anda, siéntate en esa silla. Será mejor que empecemos cuanto antes.

Ella se sentó e inclinó la cabeza sobre el respaldo cerrando los ojos. Granger se levantó y se acercó a la joven por detrás. Puso sus dedos en las sienes femeninas y empezó a frotarlas suavemente.

—Hum… —Runruneó ella, satisfecha.

Granger le dobló luego la cabeza y le masajeó el cuello hasta la nuca.

—Querido, tu medicina… es mucho mejor que la del doctor Cronin.

Ahora que ella repetía por segunda vez el nombre, Granger recordó que era uno de los testigos del testamento de Peter Grace.

—¿Conoces bien al doctor Cronin?

—Claro que sí. Somos excelentes amigos.

—¿Buena persona?

—De lo mejor. Uno de lo más honrados ciudadanos de Nelsonville.

—¿Qué tal se llevaba con Peter Grace?

—Fueron los mejores camaradas durante los últimos años del viejo millonario. En realidad, Cronin ocupó el puesto que había tenido el juez Kendall cerca de Grace. Cronin iba todas las tardes a la casa de la colina para jugar una partida de ajedrez con el anciano. —Peggy hizo una pausa—. Oh, Paul. Sigue haciéndolo así.

Granger, que se había detenido un instante, continuó el masaje mientras preguntaba:
—¿Qué más puedes decir?
—Creo que no hay nada más. Sólo que Cronin se sintió tan afectado por la muerte de Grace que poco después emprendió un viaje.
—¿Un viaje?
—Sí. Estuvo seis meses yendo de un sitio a otro.
Granger interrumpió su trabajo y dio la vuelta a la silla poniéndose frente a Peggy.
—¿Estás segura, muchacha?
—¿De qué?
—De que Cronin estuvo seis meses fuera de Nelsonville.
—Naturalmente. ¿Qué tiene ello de particular?
—Más de lo que tú crees —contestó Granger con los ojos brillantes.
—¿Qué clase de lío te llevas entre manos, Paul?
—¿Dónde vive el doctor?
—Al otro extremo del palacio de Adams. Su casa está rodeada por el mejor jardín de la ciudad. Es otra de sus aficiones.
Paul cogió entre sus manos las de Peggy.
—Muchacha, acabas de prestarme el mayor favor de tu vida.
La pelirroja enarcó las cejas.
—No te comprendo una palabra, Paul.
Granger le pasó un brazo por la espalda y la ayudó a levantarse acompañándola hacia la puerta de comunicación.
—Da igual, encanto.
—¿Quieres decir que has terminado con el masaje?
—Apuesto a que ya te encuentras mucho mejor.
—Sí, pero yo creo que no me vendría mal otra sesión.
—Oh, no. No conviene abusar, Peggy. Ahora te tiendes en la cama, cierras los ojos y ya verás cómo te duermes en un santiamén.
Ella se volvió hacia él y le puso las manos sobre los hombros. Sonriendo dijo:
—Eres un tonto, Paul.
Granger tragó saliva y dijo:
—Por tu propia seguridad, cruza la frontera y pasa a tu territorio.

—¿Quién quiere la seguridad?

—Peggy, no juguemos.

Ella entrecerró los ojos y acercó su cara a la de él, diciendo:

—¿A qué, Paul? ¿A qué podemos jugar?

Entonces ella se apretó contra él y lo besó con suavidad en los labios.

Capítulo XI

El doctor Spencer Cronin echó una mirada a su visitante y preguntó:

—¿Qué es lo que le aqueja, muchacho?

—Me encuentro perfectamente, doctor.

El médico levantó la mirada del papel donde estaba escribiendo y frunció el ceño. Frisaba en los cincuenta y cinco años de edad, sobre su cráneo apenas quedaban unos cuantos cabellos y defendía sus ojos con gafas de fuerte graduación. Su bigote era muy espeso.

—¿A qué se debe su visita entonces? —inquirió.

—Quiero hablar con usted de Peter Grace.

El doctor parpadeó y después de dejar la pluma sobre una carpeta se echó atrás en la silla y dijo:

—¿Tiene alguna razón especial para haber elegido ese tema?

—Creo que sí, doctor.

—Está bien, dígalo.

—Hace cuestión de algunos meses usted buscó a un hombre en distintas localidades, concretamente en Independence, Kansas City, Jefferson City y St. Louis.

El doctor Cronin empalideció rápidamente.

—¿Cómo lo sabe usted?

El interrogado ocupó la silla que tenía a su lado y, cruzando las piernas, dijo:

—Yo soy ese hombre, doctor Cronin.

—¡No!

—Si tiene alguna duda creo que podré descifrársela.

—Santo cielo, usted es…

—Sí. El hijo de Helen Grace.

Cronin se quedó un rato inmóvil, mirando a su interlocutor como si fuese una visión y por fin recobró el movimiento para sacar un pañuelo y enjugar su rostro.

—¡Por todos los infiernos! —pudo articular—. ¿Cómo ha podido venir usted aquí?

—Al llegar a Independence, en el hotel del Este me dijeron que semanas antes un hombre había estado allí preguntando por mí. Desgraciadamente, el encargado no recordaba el nombre de usted, pero sí su procedencia, Nelsonville en Colorado. Naturalmente yo no necesitaba saber más. Hace tiempo leí en los periódicos la muerte de mi abuelo. Pensé que cuando usted me buscaba sería para alguna cosa importante y decidí dejarme caer por aquí.

Cronin se apretó la frente con la mano derecha.

—Me parece milagroso. Yo había abandonado ya toda posibilidad de encontrarlo. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Paul.

—Y, naturalmente, tu apellido será Granger, como tu padre.

—Sí.

—¿Puedes demostrarlo?

—Sólo tengo un documento para ello. Mi pasaporte. He trabajado en el circo Ravling y en los últimos tres años hicimos dos viajes a Europa. En algunos países de allí el pasaporte es requisito indispensable. —Granger sacó del bolsillo la cartera y extrajo de ésta el documento a que se había referido.

Cronin lo examinó detenidamente leyendo en voz alta:

—«Paul Granger, hijo de Helen y de Douglas… Nacido en St. Louis, el veintisiete de febrero de mil ochocientos sesenta y uno». —Se lo devolvió a Paul, sonriente—. No hay duda, y perdona que te lo haya exigido, muchacho, pero era requisito indispensable.

Paul guardó el pasaporte y dijo:

—Llegué aquí hace tres días, pero como yo ignoraba el nombre de la persona que me había ido a buscar a Independence, decidí obrar por mi cuenta hasta tener una pista. No quise ir preguntando por ahí. Me hospedé en el hotel Dorado y mi vecina de habitación, Peggy Dors, a quien usted conoce, me habló de que usted había emprendido un viaje después de la muerte de mi abuelo. Así llegué a la conclusión de que fue usted quien preguntó por mí en Independence.

—Sí, Paul. Y doy gracias a Dios porque estés aquí, porque todavía es tiempo.

—¿Tiempo de qué?

—De que recuperes lo que es tuyo.

—No lo comprendo.

—Tu abuelo dejó una fortuna de once millones de dólares.

Granger encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Suponía que sería mucho, pero jamás hubiera soñado con esa cantidad.

—Es así, Paul. Once millones de dólares.

Granger sonrió.

—Bueno, después de todo, creo que la cosa está clara. Toda esa fortuna pertenece a Ava Anders.

—¿Sí?

—Anoche, subrepticiamente, entré en el despacho del juez Kendall y tuve en mis manos el testamento de mi abuelo. No hay duda. Usted mismo estampó su firma como testigo. Dejó todos sus bienes a Ava Anders, a excepción de unos cuantos legados.

El doctor Cronin se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Abrió, estuvo mirando hacia el exterior y luego volvió a cerrar, echando la llave. Entonces se volvió hacia su visitante y dijo:

—Paul, está en tu mano que ese testamento no tenga valor alguno.

—¿Cómo dice?

—Tu abuelo redactó otro testamento posterior.

Granger parpadeó, contuso.

—¿Otro testamento?

—Sí, señor. Según sus cláusulas, tú eres el único heredero de esos once millones de dólares.

—¡Por las barbas de Lincoln!… ¿Es eso cierto?

Cronin chasqueó la lengua.

—Bueno, creo que me he precipitado un poco. —Cronin empezó a pasear, cogiéndose la barbilla—. Tu abuelo estableció una pequeña condición para que sus bienes puedan pasar a tus manos.

—¿Qué clase de condición?

El doctor se detuvo dando un suspiro.

—Tienes que hacer una limpieza total en Nelsonville.

—Explíquese.

—Es muy sencillo. Has de acabar con el reinado de Ronald Adams y sus pistoleros, con las injusticias del juez Kendall. En fin, tienes que sanear la ciudad.

—¿Por qué eso?… Según me ha dicho la propia Peggy, mi abuelo y el juez Kendall fueron en otros tiempos muy amigos.

—Sí, muchacho. Fueron algo más que amigos. Cómplices.

—¿Cómplices?

—Tu abuelo hizo aquí cosas no muy santas durante su primera época. Kendall, primero como abogado y luego como juez, le echó una mano por su propio interés. La única diferencia entre los dos es que tu abuelo conservó lo ganado y, en cambio, Kendall lo quemó… Cuando yo llegué a Nelsonville, tu abuelo ya había empezado a cambiar. Me costó trabajo ganar su confianza, pero al fin lo conseguí, y entonces me di cuenta de la tragedia interior que llevaba aquel hombre… Tenía presente a su hija en todo momento, aquella hija que él no quiso perdonar cuando huyó con Douglas Granger. Habían pasado ya muchos años desde aquello y resultaba duro para él reconocer que la seguía queriendo. Con un poco de cautela y mucho tiento pude lograr que se decidiese a buscar a Helen. Encargó a una agencia de detectives de Kansas City que investigase el paradero de su hija. Tu abuelo estuvo a punto de morir de un colapso cuando recibió el informe de los detectives. Helen y su marido habían muerto en un naufragio cuando se dirigían a Inglaterra. Ambos formaban parte de una compañía de circo…

El doctor hizo una pausa, se acercó a un armario, del que sacó una botella de *whisky* y dos vasos.

—Creo que nos vendrá bien un trago.

Escanció en los vasos y bebieron. Luego, Cronin prosiguió:

—El informe contenía algo importante… Helen y Douglas habían dejado un hijo que se había salvado de la catástrofe. Uno de los artistas del circo, un tirador de pistola, lo había recogido. Se llamaba Williams Gibb, pero la agencia de detectives desconocía su paradero. Se sabía que se encontraba en algún punto de Europa… Tu abuelo siguió gastando dinero para dar con su nieto, pero nunca lo consiguió.

—Siempre íbamos de un lado a otro. Ya sabe lo que es la vida de los artistas de circo. Muchas empresas quiebran y entonces cada uno de nosotros tiene que procurarse un salvavidas, haciendo las cosas más insospechadas.

—Sí, lo entiendo. El caso es que tu abuelo, sintiéndose morir,

hizo otro testamento… Es el que yo conservo en mi poder, el único válido siempre que tú cumplas la condición.

—Explíqueme ahora por qué se le ocurrió tal idea al viejo.

—Muy sencillo. Peter Grace pensó que se lo debía todo a Nelsonville, y él, en última instancia, quiso hacer también algo por la ciudad. ¿Qué cosa mejor que librarla de los truhanes que la explotaban? Pensó que puesto que él había cometido…, digamos, irregularidades para llegar a poseer su fortuna, era justo que una persona de su misma sangre pusiese las cosas en su sitio…

—Ya comprendo.

—De esa forma, si tú llevabas a cabo el trabajo, los millones de dólares quedarían limpios de toda mancha… En realidad, ése fue su pensamiento.

—¿Y Ava Anders?

—Desde luego no la ha olvidado. En caso de que tú no realices la limpieza, ella cobraría los once millones.

—Y yo me quedaría sin un centavo.

—Eso es.

—¿Y si cumplo la condición?

—La fortuna pasará a tu poder y sólo tendrás la obligación de abonarle quinientos dólares mensuales a Ava Anders mientras viva.

Granger se pasó el dorso de la mano por la mejilla y luego dijo sonriente:

—¿Sabe una cosa, Cronin?

—¿Qué?

—Voy a intentar embolsarme los once millones.

—Existe un pequeño detalle que no te he comunicado todavía.

—¿Qué es ello?

—Tu abuelo señaló un plazo para el cumplimiento de esa condición.

—Bueno, trataré de hacerlo en ese término.

—Es que sólo te faltan dos días.

—¿Dos días? —exclamó Paul, pegando un salto.

—Eso es; por eso dije antes que tu presencia era milagrosa.

—¡Pero dos días es muy poco tiempo!

—Ya lo sé, y lo lamento, pero yo soy el albacea de ese testamento y no puedo hacer nada en tu favor.

Granger se mesó el cabello.

—¿Se da cuenta, Cronin? ¡Ni siquiera son dos días! Ahora son las once.

—Sólo te queda de tiempo hasta mañana a las doce de la noche. Si a esa hora no has logrado arrojar de Nelsonville a los buitres que lo devoran, Ava Anders será definitivamente la heredera de tu abuelo.

—¡Eso sí que es bueno! —exclamó Granger, levantándose.

—¿Qué vas a hacer, muchacho?

—Tendré que enfrentarme con esa gentuza cara a cara.

—No lo puedes hacer… Ellos son muchos.

—Bueno, ¿qué quiere que haga?… Si tuviese más tiempo podría idear algún plan, pero, tal como están las cosas, estoy atado de pies y manos… Tendré que visitar al juez Kendall y a Ronald para decirles que se larguen de la ciudad.

—Se carcajearán de ti, Paul.

—Lo supongo.

—Y luego solamente tendrán que lanzarte encima unos cuantos de sus hombres para que las cosas queden como estaban.

—Es un riesgo que debo correr. —Granger tendió la mano—. Gracias por todo, doctor.

—Quisiera hacer algo por ti, muchacho.

—Ya ha hecho bastante, doctor. Lo suyo es curar, y para mi trabajo se necesita un matarife.

Cronin sacudió la cabeza en sentido afirmativo y murmuró:

—Te deseo buena suerte.

* * *

Minutos después, Granger caminaba por la acera de la calle principal con gesto preocupado.

—¡Paul! —Oyó de pronto que lo llamaba Peggy.

Se volvió y vio a la pelirroja correr hacia él.

—¿Qué pasa, Peggy?

La joven se detuvo ante él con la respiración agitada.

—¡Ray Saint! —exclamó.

—¿Qué le ha ocurrido a Ray Saint?

—He encontrado a un amigo que acaba de llegar de Pineville. Ray Saint estaba allí, ¿y sabes lo que hacía?

—Asesinaba a una vieja.

—Oh, Paul, déjate de bromas… Estaba reclutando a una buena pandilla de pistoleros.

Granger abrió la boca, pero durante un rato no pronunció palabra alguna.

—Reclutando pistoleros —repitió, por fin.

—Y ya te puedes figurar para qué… No está conforme con la decisión de Adams, ni tampoco con que tú continúes viviendo.

—Bien, tendré mucho gusto en volver a verlo.

—¿No lo comprendes, Paul? ¡Él no se enfrentará contigo porque lo heriste en la mano! Ahora él sabe cómo tiras tú y se va a traer un buen equipo. Mi amigo me ha dicho que al lado de Ray está Long Bassett.

—¿Long Bassett?

—Sí, Paul. Y tú ya sabes quién es él. Ha matado a más de treinta hombres…, a todos los que se han enfrentado con él. El otro día leí en un diario que no había otro pistolero como Long Bassett en todo el país. ¡Tienes que marcharte ahora mismo, Paul!

—¿Por qué, pequeña?

—¡Santo cielo! ¿Cómo quieres que te lo diga? Seguro que Ray Saint, Long Bassett y los demás se dejarán caer por aquí mañana…, y entonces no habrá salvación para ti.

Granger permaneció pensativo unos instantes. Luego dijo:

—Supongo que Ray también vendrá a ajustarle las cuentas a Ronald.

—De eso no hay duda. Ahora mismo pensaba ir a decírselo.

—Déjalo, pequeña. Yo se lo comunicaré. —Paul le dio una palmada en la mejilla—. Has hecho un buen trabajo. Te veré luego.

Granger la obsequió con una sonrisa y se separó de ella, dirigiéndose al Palacio de Nelsonville. Sabía que a aquellas horas de la mañana, Roland se encontraba en su despacho haciendo el balance de las ganancias de la noche anterior.

Cuando llegó frente a la puerta del despacho, llamó suavemente.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Ronald.

—Granger.

—Estoy ocupado. Venga en otro momento.

Paul hizo caso omiso de la advertencia y pasó dentro cerrando a sus espaldas.

Ronald estaba contando un montón de billetes y se detuvo,

levantando la cabeza con un gesto agrio.

—¿Es usted sordo? ¡Le he dicho que no entrase!

—Escuche primero las noticias que le traigo y decida después.

—¿Qué pasa?

—Ray Saint está formando su ejército particular en Pinesville.

—¿Para qué?

—¿No lo supone? Ray, durante el tiempo que ha estado con usted, se ha dado cuenta de la envergadura de su negocio. Ahora que usted lo ha licenciado piensa indudablemente regresar para ajustarle cuentas.

—¿Quién le ha contado esa historia?

—Peggy se encontró con un amigo que acaba de llegar de Pinesville. Vio a Ray Saint haciendo su trabajo y al parecer, como él tiene la mano herida, el mando de las operaciones recaerá sobre Long Bassett.

Instantáneamente, el rostro de Adams se demudó.

—Long Bassett —repitió, con voz temblorosa.

—Eso he dicho.

Ronald se puso en pie y apuntó a Granger con el dedo.

—¡Se tiene que largar inmediatamente!

—¿Por qué?

—Todo el jaleo es por usted. Tiene que retirarse de la circulación.

—No entra en mis cálculos.

—¿Qué está diciendo? ¡Yo se lo ordeno!

—Deme una razón.

—Escuche, amigo, usted es un tipo grande con el revólver, lo reconozco, pero Long Bassett es mucho mejor. No tiene nada que hacer con él y, por si fuera poco, Bassett se hace acompañar por unos cuantos pistoleros de casi su misma categoría.

—No le tengo miedo.

—¡Yo, sí! —Ronald manoteó en el aire—. Este negocio mío vale mucho dinero.

—Me he dado cuenta de ello. Yo diría que es el más rico filón de Nelsonville.

—No le he preguntado su parecer, Granger. Usted es un empleado mío y tiene que obedecerme.

—Suponga que me marcho, ¿qué va a hacer cuando Long Bassett

llegue?

—Está claro como el agua. Volveré a readmitir a Ray Saint y Long Bassett ocupará la jefatura de mi escolta.

—Otro cambio, ¿eh?

—Yo hago todos los cambios que sean necesarios. Lo único que me importa es mi *saloon*… Le pagaré a usted un mes adelantado y se largará con viento fresco.

—Ahora suponga que me quedo.

Ronald miró con los ojos entrecerrados a Granger.

—Estaría usted loco, si tal cosa hiciese.

—Estoy loco, Adams.

—¿Quiere decir que se va a quedar en Nelsonville?

—Sí.

—¡Lo hará bajo su responsabilidad!… ¡Desde este momento no tengo que ver nada con usted!

—Se va a aliar con Long Bassett, ¿verdad?

Granger sacudió la cabeza.

—Debí suponer que usted haría algo parecido.

Los ojos de Adams centellearon.

—¡Tengo un plan y no habrá nadie que me impida realizarlo!

—Le apuesto ese sueldo del mes a que se lo acierto.

—¿Sí?

—Usted se va a casar con la señorita Anders. Entonces tendrá once millones a su disposición. Por eso no quiere pelear con Long Bassett y Ray Saint.

Adams sonrió irónicamente.

—Ha usado bien el cerebro, Granger.

—Pero no ha contado con algo.

—Se equivoca. He tenido presente hasta el más insignificante detalle. ¿Cree que lo de Ray Saint me pilló de sorpresa? Sé que es un tipo vengativo y que no se conformaría con que yo le despidiese. Si he de decirle la verdad, esperaba de un momento a otro las noticias que usted me acaba de comunicar.

—Le he dicho que no ha contado con algo, Adams.

—Diga de una vez qué es lo que he olvidado.

—A Paul Granger.

—¿Usted?… ¿Qué quiere decir?

—Apréndase bien esto. No voy a consentir que usted, Ray Saint

y ese Long Bassett lleguen a un acuerdo. No voy a permitir que usted les venda este negocio para que ellos lo sigan explotando. Ni tampoco voy a tolerar que usted se case con la señorita Anders.

—¿De qué está hablando?

—Me oyó perfectamente y no necesito repetirlo.

Ronald se había quedado serio, los ojos cargados de ira.

—¿Qué puede usted hacer contra todos nosotros?… Sólo tiene dos pistolas. Sumando mis hombres a los de Ray Saint podemos reunir cuarenta o cincuenta… ¿Qué papel haría usted entonces?

—Ya está advertido, Adams.

Paul dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

—¡Eh, espere un momento, Granger!

Paul giró con la mano en el pomo.

—¿Qué quiere?

—Por más vueltas que le doy a la cabeza no consigo dar con su motivo. ¿Cuál es?

Paul Granger dejó correr unos segundos y respondió:

—Es el mismo de usted. Once millones de dólares y una mujer. —Seguidamente abrió la puerta y salió fuera, cerrando de un golpe a sus espaldas.

Capítulo XII

Víctor Graham, el gerente del hotel Dorado, estaba hablando con el matrimonio llegado a Nelsonville cuatro días antes.

—Jamás hemos conocido un pueblo como éste —decía la señora—. En ninguna parte hemos respirado tanta paz, tanta tranquilidad. Le he dicho a mi marido que sería una buena idea la de quedarnos a vivir aquí para siempre.

—Eso está hecho —respondió el esposo—. Compraremos una casita en la calle principal y todo irá como una seda.

Víctor sonrió satisfecho.

—Nelsonville tiene fama de ser el pueblo más tranquilo de todo Colorado. Ustedes habrán podido observar que jamás se oye un tiro.

En ese momento, sus ojos observaron a Paul Granger, que descendía por la escalera, y se interrumpió tragando saliva.

Granger saludó, tocándose el ala del sombrero, y se disponía a pasar de largo hacia la puerta, cuando Víctor dijo:

—Señor Granger, ¿ha pedido su cuenta?

—No.

—Pero seguramente se irá.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Perdone usted, pero me han informado de que ya no trabaja para Ronald Adams y, en fin, yo pensé que, en ese caso, quizá se decidiría a marcharse de la ciudad.

—Ha pensado mal. No me marcho.

—Muy bien, señor Granger —sonrió forzadamente el insignificante gerente—. Ya sabe que aquí se le aprecia.

Granger hizo un movimiento con la cabeza y se encaminó definitivamente hacia la salida mientras escuchaba a sus espaldas la voz de la mujer.

—¡Qué paz!… ¡Qué tranquilidad!

Granger salió a la calle. Una voz lo saludó.

—Buenos días.

Desvió la mirada hacia la derecha y vio al doctor Cronin apoyado en la pared.

—¿Qué hace aquí tan de mañana, doctor?

Cronin consultó un reloj que sacó del bolsillo del chaleco y luego dijo:

—Es casi mediodía. Sólo te faltan doce horas.

—Lo tengo en cuenta.

Granger se puso a andar y el doctor caminó a su lado.

—Tengo una proposición que hacerte, Paul.

—¿De qué se trata?

—He pensado que, después de todo, no necesitas jugarte la piel.

Paul se detuvo y observó con el ceño fruncido el rostro del galeno.

—¿Qué clase de conclusión es ésa?

—Te lo explicaré. —El doctor hizo una pausa—. Conozco bien a Ava Anders y sé que puedo conseguir algo de ella. ¿Para qué quiere once millones de dólares? Estoy seguro de que se dará cuenta de la situación y renunciará fácilmente a un millón o por lo menos a quinientos mil dólares.

—¿Renunciar en favor mío?

—¿Por qué no? De esa forma tú te puedes marchar de la ciudad y tendrás suficiente para vivir el resto de tu vida sin preocupaciones.

—Así, pues, usted me sugiere que no cumpla el último deseo de mi abuelo.

—Oye, muchacho, no he pegado un ojo en toda la noche y tú has tenido la culpa. El enfrentarse con toda esa gente es un verdadero suicidio. Supongo que serás muy hábil con el revólver, ya que te has ganado la vida con él, pero estos forajidos están acostumbrados a matar y tú no. A ti es posible que te tiemble la mano cuando te dispongas a disparar contra un hombre, y eso será suficiente para que te encuentres con una bala entre ceja y ceja.

—Comprendo.

—¿Entonces en qué te fundas para rechazar mi oferta? ¿Lo haces por el dinero?

Granger permaneció pensativo unos instantes y finalmente respondió:

—Quizá no sean esos once millones lo que me impulse a realizar la limpieza que me exige mi abuelo.

—¿Qué es entonces?

—Hay otras cosas que son mucho más importantes. La deuda que Peter Grace contrajo con Nelsonville y que él mismo reconoció antes de morir. El destino trágico de mis padres y, sobre todo, el acabar con los manejos de Ronald Adams. En esa casa de juego que él regenta no se hace más que robar a los mineros.

—Creo que olvidas algo.

—¿El qué?

—Ava Anders. —El doctor dejó correr unos segundos y luego dijo—: Un paciente me ha contado que os vio juntos el mismo día que llegaste… ¿La tienes también a ella en cuenta?

—Sí, doctor. La tengo a ella en cuenta.

—Bien, muchacho. Ahora ya sé que, por mucho que diga, no te lo voy a quitar de la cabeza, pero será mejor que sepas algo importante. Vas a estar solo. Hace un rato hablé con el *sheriff*. Es Henry Jameston. En otros tiempos hemos sido amigos. He tratado de conseguir que te ayudase, pero al saber la clase de gente que está al otro lado, no ha querido ni oír hablar de ello. En cuanto empiecen los tiros, se encerrará con llave en su oficina y sólo saldrá cuando todo haya terminado, para contar los cadáveres.

Paul Granger dirigió una mirada al inmenso cielo azul.

—No esperaba ayuda de nadie. Las cosas quedan como estaban.

—Yo estaré a tu lado.

Paul miró al médico y sonrió.

—No, doctor. Ya se lo dije ayer. Esto no es para usted. Con un ataúd ya hay bastante. Ha hecho por mí lo que ha podido. Deje ahora que el destino siga su curso.

Cronin estaba emocionado y no pudo decir palabra alguna. Entonces Granger lo palmeó en la espalda y se separó de él.

Diez yardas más allá casi tropezó con Peggy, que salía de una sombrerería.

—¡Hola, Paul! —exclamó la joven—. ¿Qué te parece mi nuevo sombrero?

Era verde y por la parte de atrás sobresalían dos enormes plumas de avestruz.

—Estás muy guapa —dijo él.

—Terminaré por creérmelo… A propósito. Esta noche llamé dos veces a tu apartamento… Me había vuelto la jaqueca.

—Oh, estaría durmiendo como un tronco —mintió Paul, porque había oído perfectamente la llamada.

—Qué lástima, ¿verdad?

De pronto, Granger sintió un estremecimiento al ver a Ava Anders sentada en un carruaje que cruzaba la calle procedente del sur del pueblo.

La joven también lo descubrió a él e inmediatamente sus ojos examinaron a la mujer que compartía su compañía.

Granger fue a quitarse el sombrero para hacer un saludo, pero Ava desvió la mirada y levantó la barbilla en un gesto de soberana altivez.

—¿La conoces, Paul? —preguntó Peggy, para quien la escena no había pasado desapercibida.

—Sí —concedió Granger, con voz desilusionada.

—Oh, ahora comprendo esos sueños tuyos tan profundos. La chica es celosa, ¿eh?

—¿De qué hablas?

—Siempre he dicho que ella no correspondería a Ronald Adams y ahora veo por qué. Estaba esperando a su tipo y, por la forma en que te ha mirado, ya no me cabe la menor duda acerca de la identidad de su príncipe.

—Déjate de bromas.

—Es la pura verdad… ¿Por qué había de mentirte?

—Tú me gustas.

Peggy dio un suspiro.

—No es necesario que me engañes, Paul Granger. Quizá mi única virtud consiste en saber hasta dónde puedo llegar. Sinceramente, no me hice muchas ilusiones contigo. Me fuiste simpático en cuanto te vi, pero también me dije que tú pasarías por mi lado y ahí acabaría todo.

—¡Peggy!

—Así mucho mejor —la hermosa pelirroja sonrió—. Ni dramas ni tragedias. La vida es una simple comedia hay que tomarla así.

Granger sacudió la cabeza.

—Buena chica.

—Anda a buscarla. Está deseando que le hables.

—¿Tú crees?

Peggy dio un suspiro.

—Apuesto a que ordena al cochero que se detenga. Alegará cualquier excusa. Luego descenderá del coche y se pondrá a observar un escaparate. Naturalmente, lo que hará será mirar de reojo hacia nosotros.

Granger volvió la cabeza y siguió la carrera del coche en que viajaba Ava Anders. Transcurrió un minuto. Los caballos seguían trotando al mismo ritmo.

—Me parece que te vas a equivocar —comentó Paul.

—Todavía faltan veinte yardas para llegar a la carretera. Espera.

Las veinte yardas se convirtieron en dieciocho, quince… De pronto, el conductor movió las riendas del tronco y éste se desplazó del centro de la calzada, acercándose al bordillo de la acera, donde se detuvo.

Entonces, Ava Anders descendió del vehículo y se acercó a un escaparate.

Granger miró a Peggy sorprendido.

—Muchacha, eres toda una profesora en psicología.

La pelirroja sonrió.

—Ahora sólo falta que tú hagas tu parte. Date prisa. Te está esperando.

—Gracias —dijo Paul, y la apretó una mano—. Creí que conocía a las mujeres, Pero uno está siempre por recibir la última lección.

Echó a andar rápidamente y pasó a la otra parte de la calle.

Ava parecía estar muy distraída observando los artículos que se exhibían. Allí había corsés, ligas, corpiños y otros adminículos propios de la mujer.

Granger se detuvo a su lado y dijo, señalando un corpiño rosa que modelaba un busto femenino.

—Ése es el que te conviene. Hará juego con el color de tu piel…

Ava volvió la cara y empezó a parpadear asombrada, con la boca abierta.

—Oooh… Es usted un…

—¿Impertinente? ¿Atrevido?

—¡Más que eso!… ¡Un grosero!

—¿Por qué?

—Esas cosas no se dicen a una señorita.

—¿Y a una esposa?

Ella volvió a mirar al interior del escaparate y admitió.

—Quizá…

—Bien; pues será mejor que te vayas acostumbrando.

Ella le miró otra vez tan perpleja como antes.

—¿De qué está hablando, señor Granger?

—Creo que lo he dicho bien claro. Vamos a casarnos.

—¿Usted… y yo?

—Tú y yo.

—Oiga, ¿es que le ha dado el sol en la cabeza?

—En absoluto. Acabo de salir a la calle.

—Entonces, no comprendo… ¡Es lo más absurdo que he oído en mi vida!

—Dime, pequeña, ¿qué haces aquí?

—¿Qué quiere decir?

—Tú debías estar en Denver. ¿No lo recuerdas? Tenías que preparar tu equipo de novia para tu boda con Ronald Adams.

Ava se mordió el labio inferior.

—El caso es… —balbució.

—¿Qué?

—¡No hacía falta que esperase allí! ¡Me tomaron las medidas y me vine!

—¿No es eso un poco insólito? Siempre he oído decir que la novia vigila la confección de su vestido de boda y que se preocupa de los más pequeños detalles relacionados con los vestidos que ha de lucir durante la luna de miel.

—¿Sabe una cosa, señor Granger?… No es de su incumbencia lo que yo haga.

Paul cruzó los brazos y dijo:

—Has venido para decirle a Ronald Adams que no te puedes casar con él. Lo pensaste mucho en Denver, pero al final te has decidido.

Ava fue a replicar airadamente otra vez, pero, de pronto, se interrumpió, hizo una mueca compungida y repuso:

—Es cierto… No me voy a casar con él.

—¡Estupendo!

Los ojos de ella brillaron furiosos y exclamó:

—¡Pero tampoco me voy a casar con usted!… ¡Me quedaré

soltera para toda la vida!… ¡Esto es lo que voy a hacer!

—¿A qué viene eso ahora?

—¡Usted y él! ¡Todos sólo quieren mi dinero! ¡Eso es, mis once millones!

Granger hizo un esfuerzo por contener la risa. Se miró las puntas de los pies y se pellizcó el lóbulo de la oreja.

—Bueno, el dinero dicen que hace la felicidad.

—Así, pues, ¿lo reconoce? —repuso ella, con mayor ira—. ¿Reconoce que solamente le interesa mi dinero?

—Confieso que once millones es un buen pellizco.

—¡Oh!… ¡Es usted un materialista!… ¡Un ser desaprensivo!

—Existe una fácil solución —dijo él.

—¿Cuál?

—La de que tú renuncies a ese dinero.

—¿Yo renunciar a…? ¿Está loco?

—Supón por un momento que ese dinero fuese mío, que lo tuviese yo.

—¿Qué clase de tontería es ésa?

—He dicho que se trata de una hipótesis. Ya tengo los once millones. Yo te pido que te cases conmigo. ¿Cómo sabría yo que a ti también no te interesaba sólo el dinero?

—Me lo notarías en los ojos —lo tuteó ella.

—Pues entonces mira los míos y dime lo que ves en ellos.

—¡No voy a hacer tal cosa!

Granger la cogió por los hombros y la volvió hacia él con brusquedad.

—¡He dicho que me mires, Ava!

Ella se sintió dominada y le observó las pupilas. Se quedaron inmóviles, fijos los ojos, como encantados. Y de pronto una voz rompió el silencio.

—¿Interrumpo?

Se volvieron rápidamente y vieron en la acera, junto al bordillo, a Ronald Adams. Tenía el rostro pálido y el labio inferior proyectado hacia adelante en una mueca infrahumana de furia.

Ella se desasió de las manos varoniles que la apretaban y saludó:

—Hola, Ronald.

Adams observó a Granger y luego dijo, volviendo a mirar a su prometida:

—Te creía en Denver, querida.

—Bueno, el caso es que… —La joven hizo una pausa embarazosa.

—La chica quiere decirle que no lo quiere, Ronald —dijo Granger—. Le devuelve su palabra. No va a casarse con usted.

Adams respiró entrecortadamente, a punto de estallar.

—¡Cállese, Granger!

—Pensé que era mejor que se enterase cuanto antes.

Adams observó el rostro enrojecido de la muchacha.

—¿Qué dices tú, Ava?

—Es verdad, Ronald. No puedo casarme contigo.

—¿Por qué?

—No te quiero.

Hubo un silencio. Adams se mordió el labio inferior.

—Es él, ¿eh? Paul Granger. Es a él a quien quieres. Ahora comprendo el olvido del revólver… ¡Maldito sea Granger! ¡Pero no se va a salir con la suya! ¡No voy a consentir que me quite la novia!

Granger endureció sus músculos faciales.

—Hay muchas cosas a las que usted va a tener que renunciar hoy mismo, Ronald Adams, y también le convendría hacerse pronto la idea. Usted liquidará su negocio de juego sucio y le aseguro que no van a ser Long Bassett o Ray Saint quienes se encarguen de explotarlo! ¡Usted y esa chusma están de sobra en Nelsonville!

Ronald sonrió aviesamente.

—¿Quién nos va a echar, Granger? ¿Usted, acaso?

—Sí. Yo mismo.

—¿Usted y cuántos más?

—¡Yo solo!

Adams soltó una carcajada, pero repentinamente la interrumpió y empezó a mover la cabeza en sentido negativo.

—No, Granger. Usted es un don Nadie aquí. Sabe cómo utilizar un «Colt», pero eso no sirve cuando en el bando de enfrente hay cuarenta hombres. Yo le diré lo que va a hacer usted. Cogerá su caballo, subirá a la silla y se marchará de aquí a un trote largo. Pero corra cuanto pueda porque, si se entretiene un solo minuto, los que vayan detrás lo colgarán del primer árbol que encuentren en su camino.

—No voy a hacer nada de eso.

—He conocido a muchos hombres como usted que se han querido proclamar campeones de una supuesta justicia, pero todos terminaron lo mismo… ¡Cosidos a balazos con una soga al cuello!… ¡Ese final también será el suyo, Granger!

—Esperaré el momento, si es que llega.

—Llegará irremisiblemente. Acabo de recibir un mensaje de Ray Saint. Se encuentra a media jornada de aquí en estos momentos y cuando llegue…, usted estará perdido. ¡No tendrá escapatoria!

—Si no tiene más que decir, dé media vuelta y lárguese.

Ronald Adams sonrió y dijo:

—¿Me va a disparar por la espalda?

—No, Adams. Siempre disparo de frente. No tengo ninguna prisa por matarlo… hasta esta noche.

Ronald apretó los labios con fiereza y miró otra vez a Ava.

—Convéncelo, querida. Por tu bien y el de él.

—¡Lárguese! —ordenó Granger, con voz seca.

Ronald hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y sin dejar de sonreír empezó a cruzar la calle, dirigiéndose a la parte en que se ubicaba su *saloon*.

Los dos jóvenes quedaron sumidos en un profundo silencio.

—Paul —gimió Ava—. ¿Es cierto que te vas a enfrentar con esos hombres?

—Sí, pequeña.

—¿Por qué…? No lo comprendo… ¿Cuál es la razón?

—Ya lo comprenderás.

—¿Cuándo? ¿Cuándo te hayan convertido en un cadáver?

Él le cogió una mano entre las suyas y la apretó suavemente, diciendo:

—¿No crees que es preferible que te vayas a tu casa a descansar?

—Paul, ¿por qué no me explicas de una vez todo este lío?

—Ahora no puedo, pequeña, te lo aseguro. —Granger la tomó de un brazo y la llevó hacia el coche—. Tienes que estar tranquila. Todo saldrá bien.

—¡Santo cielo! ¿Cómo va a salir bien todo si he oído decir a Ronald que te vas a enfrentar con un enjambre de pistoleros?

—Querida, he sido tirador de pistola en un circo durante muchos años y conozco muchos trucos que esta gente ni siquiera ha visto en sueños. Me las sabré arreglar solo.

—Me quieres dar ánimos, Paul. Por ello me hablas así.

—No te preocupes.

La acercó contra su pecho y la besó en la boca. Luego la subió a pulso al coche y le hizo una señal al conductor para que arrancase.

El coche partió y de pronto Ava sepultó su cara entre las manos y se estremeció sollozando.

Granger la siguió con la mirada hasta que el carruaje se convirtió en un punto en la carretera que conducía a la casa de la colina. Luego dio media vuelta y se encaminó al hotel.

Tendría que esperar a la noche para arreglar su negocio, un negocio en el que se jugaba su vida y el futuro de Ava Anders.

Capítulo XIII

Paul Granger estaba tendido en la cama fumando un cigarrillo cuando oyó pasar un tropel de caballos por la calle. Se quedó quieto, como estaba, sin mover un solo músculo.

Los jinetes siguieron hacia el *saloon* de Ronald Adams.

Consultó su reloj. Eran las diez de la noche.

Quince minutos más tarde oyó otro galope, pero ahora se trataba de un jinete y traía la dirección del Palacio de Nelsonville.

—¡Eh, Granger! —gritó una voz desde la calle—. ¿Estás ahí?

Paul se enderezó despacio y se acercó a la ventana.

El haz de luz que salía por uno de los huecos del hotel iluminaba al jinete. Era de estatura regular, cabeza muy pequeña, rostro alargado. Sin embargo, su cuerpo era robusto y sus muslos gruesos.

Paul abrió la ventana y el otro lo observó desde abajo:

—Yo soy Granger, ¿qué quiere?

—¿Me conoce?

—¿Long Bassett?

El otro asintió.

—Sí, Granger. Soy Long Bassett.

—Tanto gusto.

Bassett quedó repentinamente serio y dijo:

—¿De veras lo celebra?

—Sí.

—Quizá no pueda decir lo mismo dentro de un rato. Acabo de hablar con Adams y hemos llegado a un acuerdo. Una de las cláusulas le incumbe a usted. Tiene que marcharse de aquí inmediatamente.

—No es ésa la idea que tengo yo.

—Testarudo, ¿eh?

—Son ustedes los que están de sobra, Long. Usted, sus pistoleros de pacotilla, el juez Kendall y quizá otros muchos.

—Eso es bueno —rió otra vez Bassett—. ¿Quiere decir que también nos ordena que salgamos de la ciudad?

—Eso mismo.

—Me temo que una de las partes tendrá que pensarlo un poco mejor. Digamos, por ejemplo, que es usted.

—Yo me quedaré.

Hubo una pausa.

—¿Es su última palabra, Granger?

—No hay otra.

—Bien; usted se lo ha buscado. Falta un buen rato para las once. A esa hora vendré a buscarle si usted no ha venido antes por mí.

—Entendido.

Long Bassett se echó a reír, espoleó su cabalgadura y ésta partió de nuevo hacia el fondo de la calle, donde se ubicaba el establecimiento de Ronald Adams.

Granger dio media vuelta para retirarse de la ventana y entonces vio en el hueco de la puerta de comunicación a la figura inmóvil de Peggy Dors.

Los dos se miraron en silencio y ella sonrió diciendo:

—Debes querer mucho a esa chica.

—Hay otras razones —dijo él, y sacó el revólver de la funda derecha y empezó a examinarlo.

—Vengo de allá —repuso ella, mientras tanto—. Ronald ha traspasado su negocio a Long Bassett y Ray Saint. Adams les ha dicho que se iba a casar con Ava.

—Un acto muy emotivo —murmuró Paul.

—Han brindado con champaña.

—Es posible que a alguno de ellos le siente mal. —Paul volvió el revólver a la funda y cogió el que gravitaba sobre su cadera izquierda, haciendo la misma comprobación.

—Eres un valiente, Paul. ¿Pero no crees que sea una temeridad salir ahí fuera para enfrentarte con todos?

—Las cosas han venido así. No ha estado en mi mano evitarlo.

Terminó su examen y enfundó la otra arma. Luego observó con detenimiento a Peggy.

—Si Adams se entera de que has estado aquí se molestará mucho.

—Le dije que pensaba echar un sueño mientras durase el festejo.

Está demasiado preocupado para fijarse en los detalles.

Paul sacudió la cabeza y caminó hacia la puerta que daba acceso al corredor.

—Paul —lo llamó ella.

El se detuvo.

Peggy se acercó a él con el pecho estremecido.

—He visto a Long Bassett disparar un par de veces.

—¿Sí?

—Tiene por costumbre levantar el brazo izquierdo y disparar por bajo con la mano derecha. Las dos veces hizo lo mismo.

—Gracias.

Paul acercó su cara a la de ella y la besó en la comisura de los labios.

Ella se quedó inmóvil y entonces él abrió la puerta y salió, cerrando desde el corredor.

Echó a andar por la alfombra y empezó a descender por la escalera. El matrimonio a quien gustaba la paz estaba sentado en el vestíbulo y Víctor Graham contaba una historia.

—El alcalde de nuestra ciudad se ha dirigido al gobernador para que conceda a Nelsonville una medalla en la que figure el lema: «Al pueblo más pacífico del estado de Colorado».

—Sí, señor, se lo merece —convino el hombre.

Granger pasó por entre ellos mirando al frente y Víctor Graham lo siguió con la mirada, frunciendo el entrecejo.

En la acera, Granger se detuvo, observando la calle. Estaba completamente desierta y sólo parecía iluminada a trechos por las luces procedentes de las ventanas de las casas.

En ningún hueco había nadie, pero Granger sabía que todos los ciudadanos estaban despiertos, sentados quizá alrededor de las mesas, interrumpido el resuello, a la espera de oír el primer disparo.

Echó a andar por los tablones de madera y sus pisadas sonaron como restallidos.

Del *saloon* de Ronald Adams no llegaba siquiera una voz o un acorde. Probablemente era la primera noche, desde su inauguración, que se encontraba vacío, sin público. En su interior sólo se hallarían los empleados de la casa y su propio dueño.

El cielo estaba cubierto de nubes que avanzaban raudas hacia el Oeste.

El aire era pesado y presagiaba tormenta.

Un gato maulló y echó a correr.

Paul avanzaba lentamente, los brazos caídos a lo largo de sus costados.

Sintió las fauces secas y pensó que en aquel momento hubiese dado todo su dinero por un vaso de *whisky*.

Por la puerta del *saloon* salió un hombre que se detuvo mirando hacia abajo.

Paul vio su contorno, las piernas abiertas en compás. Se había quedado inmóvil y de pronto se metió dentro, gritando:

—¡Ahí viene, Bassett!

Oyó la voz del pistolero.

—¿Solo?

—Sí, Bassett. Viene solo.

Siguió una risotada.

—Bien, muchacho. Ya voy.

Paul se detuvo.

Long Bassett apareció a quince yardas de él.

—Palabra que pensé que se iba a marchar, Granger. Me he encontrado muchos fanfarrones que al acercarse el último momento se han vuelto atrás. Usted no es de ésos, ¿eh?

—No.

—Está bien, muchacho. Le va a pesar.

—Cuando quiera, Long.

Paul vigilaba las manos del forajido porque las tenía en una extraña posición, levantadas ligeramente y proyectadas hacia delante, como si fuese a coger algo.

—No me gusta disparar desde la acera, Granger. ¿Tiene inconveniente en que pasemos a la calzada?

—Ninguno.

—Caminaremos paralelamente y cuando lleguemos al centro de la calle podremos disparar.

Granger entrecerró los ojos. Long Bassett no deseaba sostener el duelo en la acera. Ray Saint le habría comunicado que él también era endemoniadamente rápido. Si Long Bassett erraba una pulgada su bala, podía recibir otra como contrapartida. Sus muchachos, en los huecos del *saloon* de Adams, se encargarían de rematarle antes de que él, Granger, pudiese apretar el gatillo. Pero no le importó.

—De acuerdo, Bassett.

—Empecemos ya.

Granger movió sus piernas hacia la derecha. Bassett, que se le enfrentaba, lo hizo hacia la izquierda, y así fueron desplazándose poco a poco, manteniéndose a una misma altura.

Descendieron de la acera y continuaron ejecutando el mismo movimiento.

Dos yardas les restaban hasta llegar al punto desde donde podrían hacer fuego. Ahora sus pasos se hicieron más cortos. ¡Una yarda!…

Granger miró por el rabillo del ojo al *saloon* de Adams. Había tres hombres en la puerta, cuatro en un ventanal de la derecha y cinco en el de la izquierda.

Bien, era lo que había supuesto, pero dentro había muchos más…, hasta cuarenta.

Fue un fugaz pensamiento que cruzó por su mente en una diezmilésima de segundo. Algo tan insignificantemente pequeño que le permitió ver en seguida cómo Long Bassett hacía un ligero movimiento con la mano izquierda igual que si fuera a desenfundar.

Habían llegado al centro de la calzada. Granger empezó a arquear los dedos y tuvo la sensación de que su mano se transformaba en una garra.

—¡Se le acabó la cuerda, Granger! —gritó Bassett.

De repente, fue su mano derecha la que entró en acción.

Paul hizo un simple movimiento y su arma rugió, escupiendo una onza de plomo.

Long Bassett ya había desenfundado también, pero el proyectil que había brotado del «Colt Navy» de Granger no le perdonó su exceso de confianza. Se incrustó en su pecho, justamente en el corazón, y todo aquel cuerpo de cabeza pequeña, tronco ancho y muslo grueso, se estremeció al quedar sin vida.

Granger sabía que lo había matado, aunque Bassett permanecía todavía allí, de pie frente a él.

Se dobló ligeramente hacia la izquierda y disparó tres veces sobre la puerta y las dos ventanas. Fueron otros tres blancos.

Paul calculó que los pistoleros tardarían en rehacerse unos cuantos segundos.

Echó a correr hacia la oscuridad de la parte frontal al Palacio de

Nelsonville. Estaba a punto de llegar a la acera cuando oyó una voz:

—¡Long se cae!… ¡Lo ha matado!

Ahora gritó Ronald Adams.

—¡Maldito sea!… ¿Qué estamos esperando?… ¡Acribilladlo, muchachos!

Granger se lanzó al aire en el momento en que el *saloon* pareció convertirse en un infierno. Seis, ocho, doce estampidos…

Las balas silbaban por encima de su cabeza, cerca de los oídos, y cruzaron por debajo de sus pies. Una le rozó el hombro. Otra se incrustó en su reloj, que volaba por el aire, suelto del chaleco. Una tercera le arrancó el tacón de la bota.

Golpeó contra el suelo y rodó hacia el callejón cercano.

Cuando estuvo a salvo sacó el otro revólver y miró al frente. Cuatro hombres corrían hacia donde él se encontraba.

Empezó a apretar el gatillo y los vio detenerse en su carrera. Se movieron espasmódicamente como muñecos de marioneta, lanzaron aullidos de muerte y mordieron el polvo de la calle antes de quedar inmóviles.

Los pistoleros debieron quedar sorprendidos otra vez. Porque ninguno se atrevió a moverse de su sitio.

Sobrevino un gran silencio.

Granger pensó que no podía esperar allí a que los forajidos lanzasen el segundo ataque.

Se levantó rápidamente, y corrió hacia el fondo de la calleja.

—¡Eh, muchachos, está huyendo! —dijo una voz—. ¡Se quiere escapar!

Paul oyó a sus espaldas una fuerte risotada. La identificó como perteneciente a Ronald Adams.

—Será igual que cazar a un conejo, muchachos. ¡Vamos por él!

Granger se encontró ante una valla de madera, tomó impulso, enfundó las dos armas y saltó al otro lado. Golpeó contra una techumbre y se dio cuenta de que era un gallinero. Las aves de corral empezaron a alborotar. Una cabeza apareció por una ventana trasera gritando:

—¿Quién anda ahí?

—¡Métase dentro, abuelo! —le gritó Granger, sin dejar de correr —. ¡O le quitarán a usted también las plumas!

El hombre se quedó unos segundos indeciso.

Uno de los forajidos disparó a través de la valla de madera y el dueño del gallinero desapareció de la ventana con la misma velocidad que si cinco hombres hubieran tirado de sus piernas al mismo tiempo.

Granger saltó la segunda valla y se encontró en otra calleja que tenía mayor profundidad que la anterior.

Decidió que era mejor seguir amparándose en la oscuridad y creyó que por aquella parte había otra valla como la anterior, pero no fue así, y se encontró ante un muro de piedra de más de dos metros de altura. No tenía más remedio que dar media vuelta y encaminarse otra vez hacia la calle principal.

En ese instante vio aparecer dos hombres por la valla que había dejado a sus espaldas y se detuvo.

Apretó el gatillo dos veces y los forajidos, que saltaban en aquel instante, se estremecieron en el aire y murieron antes de llegar al suelo.

Granger avanzó, imprimiendo a sus piernas la mayor velocidad que le fue posible. No podía detenerse a la entrada del callejón, ya que en ese caso se encontraría entre dos fuegos.

Sin titubear, siguió corriendo.

Cuando apareció en la arteria principal de Nelsonville, volvió rápidamente la cabeza hacia la derecha, porque se imaginaba que lo estarían esperando.

Vio varios hombres en la acera más cercana a él y disparó sin apuntar.

Le respondieron con un estampido y sintió que la bala le rasgaba la tela del brazo izquierdo y continuaba su camino para incrustarse por último en la pared de enfrente.

Poco a poco disminuían sus posibilidades. Los pistoleros tratarían de sacar el máximo partido a su ventaja. Sólo le quedaba una cosa, refugiarse.

Sus piernas aumentaron la velocidad y de pronto vio el hotel Dorado enfrente.

Cuando pisó la acera se lanzó al aire otra vez. Golpeó su cuerpo contra la hoja y oyó un estrépito de cristales rotos.

Dio varias vueltas y se encontró en el vestíbulo.

Tres pares de ojos lo miraron asombrados.

Víctor Graham se puso de un salto en el mostrador. Parecía un

búho en cuclillas, con la boca abierta y los ojos desorbitados. El matrimonio estaba asombrado, perplejo.

Granger empezó a levantarse y entonces Graham le apuntó con el dedo y dijo:

—¡No se lo permito, señor Granger! ¡Esto es un hotel decente!

Instantáneamente, en la calle, hicieron fuego repetidas veces y una andanada de plomo entró por las ventanas y la puerta.

Víctor Graham abrió las manos, levantó los brazos y aleteó despavorido, pero no era ningún pájaro y su vuelo fue corto. Estrelló las narices en la alfombra y se puso a coclear.

—¡No se queden ahí! —gritó Granger—. ¡Están en la línea de tiro!

Fueron como palabras mágicas para las tres personas a quienes iban dirigidas. El matrimonio y Víctor se levantaron como impulsados por un resorte y, atropelladamente, empezaron a subir las escaleras.

Víctor Graham resbaló en un escalón y se vino abajo. Se puso en pie y al oír un estampido desapareció por arriba, tras el matrimonio, pegando saltos como un canguro.

Uno de los forajidos creyó probablemente que con sólo entrar en el hotel sería bastante para liquidar a Granger.

Pagó cara su falta. Paul lo vio entrar corriendo por la puerta e hizo fuego contra él.

El ingenuo recibió el proyectil en las fosas nasales y su cabeza reventó, manchando la pared. Luego se vino abajo.

Capítulo XIV

—¡Granger! —resonó la voz de Ronald Adams.

—¿Qué quiere?

—Le voy a hacer una proposición.

—Suéltela.

—Salga con las manos en alto y nos contentaremos con acompañarlo hasta la salida del pueblo. Usted se marchará.

—Escuche la mía, Adams —replicó Paul—. Reúna a sus pistoleros y digan adiós a Nelsonville. Pero antes de salir de la ciudad acuérdense de que es la última vez que pisan su polvo.

—¿Qué clase de tontería es ésa?… ¡Ahora lo tenemos cogido!… ¡No tiene escapatoria!…

—Muy bien. Vengan a por mí.

—Lo podemos hacer salir de ahí en cuanto queramos. Bastará con que le peguemos fuego a la casa para conseguirlo… ¿O es que quiere morir achicharrado?

Granger se mordió el labio inferior, rabioso. A Adams se le había ocurrido una buena idea.

—¿Qué contesta, Granger?

—No hay respuesta.

—Está bien. Era su última oportunidad. Cuando las llamas lo acaricien, salga y lo recibiremos como se merece… Con una bala por cada pulgada de piel.

Paul se dijo que sólo podría escapar de aquel peligro si conseguía salir por la parte superior.

Corrió hacia la escalera y subió los peldaños de dos en dos.

Abrió rápidamente su habitación y, pegándose a la pared, miró por la ventana hacia arriba. El techo estaba demasiado alto. No podría subir por allí.

De pronto oyó un ruido de voces a sus espaldas.

—¿Quién hay ahí? —preguntaron.

Por debajo de la cama aparecieron las cabezas de Víctor Graham y las del matrimonio.

—¡Por lo que más quiera, señor Granger! —dijo el encargado—. ¡Entréguese!… ¡Nosotros no hemos hecho nada y nos van a achicharrar!… Hemos oído la amenaza del señor Adams.

—¿No hay una salida por la parte de arriba? —preguntó Paul.

—Existe una buhardilla que da a la techumbre.

—¿Se puede saltar desde ella a algún otro sitio?

Víctor Graham soltó un gemido.

—Al techo de la casa vecina, pero…, pero resulta que está demasiado lejos.

—Lo arreglaremos. Vamos, vengan conmigo.

—¿Nosotros? —intervino el marido.

—Naturalmente. ¿O es que prefieren cocerse en su propia salsa? —dijo Granger, y se apartó de la ventana.

La mujer sollozó.

—¿Qué clase de pueblo es éste?… ¡Santo cielo!… En media hora he oído más disparos que en todos los días de mi vida.

La puerta de comunicación con la habitación veintiuno se abrió y Granger vio entrar en ella a Ava Anders y a Peggy Dors.

—¡Por cien mil diablos! ¿Qué haces aquí, Ava?

La joven corrió hacia Paul, se le colgó del cuello y lo besó en la boca. Luego, dijo:

—No podía quedarme en mi casa.

—La chica es valiente —dijo Peggy.

—Ha sido una temeridad —replicó Granger—. La habéis hecho buena. Y tú, Peggy, tenías que haber salido de aquí. Debiste suponer que terminaría refugiándome en el hotel si lograba eludirlos.

Peggy sonrió diciendo:

—Imaginé que Ava vendría y no quise que estuviese sola.

Víctor Graham se puso a inspirar como un perro de caza.

—¡Infiernos! —exclamó, y continuó su olfateo—. ¿No notan el olor?… ¡Han pegado fuego al hotel!

Como una confirmación de sus palabras, por la ventana apareció una llama que nacía en la parte de abajo.

—¡Santo cielo, mi casa! —exclamó Víctor—. ¡Esto es mi ruina!

—No podemos perder ni un segundo de tiempo —dijo Paul—. Usted, Víctor, precédanos. Muéstrenos el camino.

Salieron de la habitación siguiendo a Víctor, el cual no hacía más que lamentarse.

Al fondo había una puerta con una escalera muy estrecha por la que sólo pudieron ascender de uno en uno.

Víctor empujó con los hombros la tapa que había arriba y ésta saltó, arrojando un chorro de polvo sobre los fugitivos.

Graham subió y detrás lo hicieron las mujeres, el marido y los otros dos hombres, siendo Granger el último en ascender.

Por fortuna para ellos, no podían ser vistos desde la calle.

Granger dio una vuelta a la techumbre y comprobó que de allí solamente podrían escapar por el lugar a que se había referido Víctor. Las demás alas de la casa daban al vacío, pero la distancia entre el hotel y la casa más cercana era demasiado grande. Él, tomando mucho impulso, podría quizá salvarla, pero no había que pensar en que lo pudieran conseguir los demás.

Ava se le acercó, pasándole un brazo por la cintura.

—¿Qué vamos a hacer, Paul?

Granger permaneció pensativo unos instantes.

De pronto hizo chasquear los dedos.

—¡Ya tengo la solución!

Lo vieron desaparecer por la puerta de la buhardilla y poco después oyeron unos ruidos. Granger trataba de arrancar la barandilla de la pequeña escalera.

—¡Eh, ustedes, échenme una mano! —gritó—. ¡Terminaré más pronto!

Graham y el otro hombre comprendieron el fin perseguido por Granger y en menos de dos minutos llevaron la tabla al techo.

Entonces, Granger la cogió de un extremo y la pasó a la otra casa. De esta forma quedó establecido un puente. Todo consistía ahora en que la delgada barandilla soportase el peso de cada uno de ellos.

—Hay que llegar a la otra parte —dijo Granger, cuando hubo terminado su trabajo. Se dirigió a la mujer que deseaba la paz—: ¿Quiere usted ser la primera?

—Oh, no. Soy propensa al vértigo.

Un siniestro crujido les llegó de la parte inferior del hotel.

—Las llamas llegarán muy pronto aquí, señora —dijo Granger—. No puede quedarse. Todos hemos de pasar antes o después. Pero

será mejor que lo haga su marido primero para demostrarle cómo debe arrastrarse. Vamos, rápido.

El hombre hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, le dio un beso a su esposa y cabalgó por la madera lentamente, pulgada a pulgada.

Todos le siguieron con expectación hasta que al fin alcanzó, sano y salvo, la otra parte.

—Ahora usted, señora.

La esposa lanzó un hipido, intentando llorar, y por último escuchó las palabras de aliento de su marido. Hubo un momento, cuando estaba por la mitad del camino, que pareció que se iba a venir abajo, pero su esposo le dio nuevos ánimos desde el otro lado y cuando estaba a punto de llegar la ayudó. Finalmente pisó el otro techo y se desmayó.

Peggy Dors lo hizo mejor que los que la habían precedido. No dejó de reír, como si aquello fuera un juego divertido.

Luego pasaron Ava y Víctor Graham.

En ese instante, la buhardilla quedó envuelta en llamas y gran parte del techo se desplomó con un gran estruendo. Solamente quedó un trozo, justamente en el que se hallaba Paul.

Ava Anders lanzó un grito de angustia.

Paul sabía que si intentaba pasar cabalgando sobre la madera, ésta no encontraría suficiente base en la parte del hotel en que se apoyaba.

—¡Cojan ese extremo ustedes! —ordenó. Los dos hombres lo obedecieron—. ¡Aprieten con todas sus fuerzas!

—¡Estamos listos! —gritó Víctor.

Granger se colgó del madero, aferrándose con las manos. Su cuerpo quedó en el vacío y, de pronto, tal como había presentido, la parte del puente que descansaba en el hotel se vino abajo.

Su cuerpo surcó el aire, pero se mantuvo cogido a la barandilla. Víctor y el otro hombre resoplaron, sosteniendo el otro extremo.

Granger vio avanzar sobre sus ojos la pared cercana y adelantó las piernas para evitar la colisión, que hubiese sido mortal.

Por un momento creyó que los hombres de arriba no podrían soportarlo, pero, afortunadamente para él, aquéllos sacaron fuerzas de los talones y aguantaron hasta que él pudo subir a pulso.

Una vez arriba, Ava se le abrazó sollozante.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Peggy.

Una voz extraña cargada de ira contestó a la pregunta:

—¡Nada, no vais a hacer nada!

Todos se volvieron rápidamente y vieron frente a ellos a Ronald Adams con una pistola en cada mano.

Se había aprovechado de los momentos de tensión, mientras Paul estaba suspendido en el vacío, para aparecer por detrás.

A las espaldas de Adams había una puerta abierta que indicaba el camino que había utilizado para llegar allí.

—¡Levante las manos, Granger! —ordenó.

Paul obedeció, pero Ava continuó a su lado abrazándolo.

—Un cuadro muy enternecedor —dijo Ronald—. Ven aquí, muchacha.

—¡No! —respondió la ahijada de Peter Grace.

—¡Te he dicho que vengas! —repitió Ronald.

—Obedece —le aconsejó Granger.

Ava lo miró a los ojos y, finalmente, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Al llegar al lado de Ronald, éste dijo:

—Ha estado a punto de conseguirlo, Granger. Pero le ha fallado su suerte en el último momento.

Ava intervino suplicante:

—Ronald, por favor…, no lo mates.

Adams no apartó la mirada de Granger.

—Tiene que morir.

—Me casaré contigo, Ronald… Tendrás el dinero que querías y a mí también…, pero déjalo vivir.

Ronald sonrió cínicamente.

—No, querida. No hay acuerdo entre nosotros. Tú ya has dejado de decidir sobre tu propia vida. Ahora soy yo el único dueño y señor.

El matrimonio estaba sobrecogido, marido y mujer abrazados, observando la escena, y Víctor Graham encogía la cabeza como una tortuga.

Adams levantó la pistola derecha y Granger supo que se disponía a disparar.

—¡Espera, Ronald! —gritó Peggy Dors.

—¿También tú vas a interceder por él? —rió Adams—. Observo

que es usted muy popular entre las mujeres, Granger, pero ninguna de ellas conseguirá lo que quiere. Le voy a dar lo que necesita: una buena ración de plomo.

De pronto, la mujer que deseaba la tranquilidad lanzó un grito de terror. Instintivamente, Ronald Adams desvió los ojos. Sólo fue por muy poco tiempo, posiblemente un segundo, pero ese segundo fue aprovechado por Granger para tirarse al suelo y desenfundar.

Adams apretó el gatillo, pero su bala pasó por encima de Granger porque disparó sin apuntar y Paul, desde el suelo, hizo fuego una, dos, tres veces.

Ronald se estremeció convulsivamente y dejó caer los dos revólveres, llevándose las manos al estómago. Su rostro se crispó horrorosamente y con los ojos muy abiertos quedose mirando a Granger.

—¡Maldito sea!… Usted… usted es el mismo demonio.

Dio un traspiés y se derrumbó.

El techo tenía una suave pendiente y empezó a rodar. Granger trató de alcanzarlo y corrió hacia él, pero ya Adams llegaba al borde y solamente le pudo tocar la ropa cuando se precipitaba en el vacío.

Abajo sonó un golpe y luego todo quedó en silencio.

Se oyeron los pasos de los pistoleros que se acercaban al cadáver.

Nueva pausa.

—¡Es el señor Adams!… —dijo Ray Saint.

—Sí —replicó otro—. No me gusta nada. Se cargó a Long Bassett, a muchos de los nuestros y ahora a Adams.

Una tercera voz, muy ronca, dijo:

—¿Sabéis lo que os digo, muchachos? Que trae más cuenta asaltar un Banco. Yo me largo.

De nuevo opinó Ray Saint.

—Sí, creo que es mejor. Éste es un tipo duro de pelar, y yo quiero morir en la cama. Vámonos, chicos.

Se oyeron unos pasos y poco después un tropel de jinetes emprendió la marcha hacia el Norte.

Granger se puso en pie y al volverse recogió contra su pecho a Ava Anders.

Él la besó en los ojos, en la nariz, en la boca.

Poco después, todos descendieron a la calle. El doctor Cronin esperaba en la acera y se apresuró a estrechar la mano de Granger.

—Buen trabajo, muchacho. Ha sido lo mejor que he visto en mi vida. A partir de ahora tendré mucho más respeto a los artistas de circo.

—Gracias, doctor.

—Mientras venía hacia aquí he visto al juez Kendall haciendo su equipaje. A estas horas debe estar saliendo del pueblo. —Cronin consultó su reloj—. ¡Infiernos! Te ha sobrado tiempo. Faltan veinte minutos para las doce.

Ava Anders preguntó:

—¿Tiempo para qué?

Cronin miró a uno y otro joven con perplejidad y —dijo:

—¿Es que no se lo has dicho, Paul?

Paul negó con la cabeza.

—Bien, señorita Anders —dijo el doctor—. Lamento decírselo, pero el hombre que tiene a su lado… es el único heredero de Peter Grace.

—¿Cómo? —Ava abrió unos ojos como platos.

—Es cierto. Paul es el nieto de Peter, es decir, el hijo de Helen.

—¡No! —exclamó, cada vez más asombrada, Ava, mirando a Paul—. ¿Entonces, tú…?

—Sí, querida. Yo soy ahora el dueño de los once millones de dólares.

—¡Pero eso es imposible! ¿Quieres decir que yo lo pierdo todo?

—Para ser exactos, según las cláusulas del testamento válido, yo te debo pasar a ti quinientos dólares mensuales mientras vivas.

—¡Oooh! —exclamó la joven, compungida, y después de unos segundos de reflexión, hizo chasquear los dedos a la manera en que lo hacía Granger y dijo, con el rostro iluminado—: ¡Existe otra solución!

—¿Cuál? —preguntó Paul.

—La de casarme contigo.

—Eh, eh, más despacio —dijo el joven—. ¿Cómo voy a saber que no te casas conmigo por mis millones?

Ella le cogió la corbata de lazo y empezó a juguetear mientras decía:

—Bueno, eso… eso sólo lo sabrás en el momento oportuno.

Entonces él la abrazó fuertemente contra sí y la besó con fuerza en la boca.

Víctor Graham iba de un lado a otro observando las ruinas humeantes de su hotel.

—¡Santo cielo!… ¿Qué voy a hacer ahora?… ¡Me han dejado con el solar!… ¡Y era un hotel decente!

Granger interrumpió el beso para decir:

—No se preocupe, Víctor. Le edificaré el mejor hotel de Nelsonville…, y apuesto a que continúa siendo muy decente.

Víctor trocó su gesto de preocupación por una sonrisa.

Los dos esposos estaban abrazados y él le decía a ella:

—Bueno, más de lo que ha ocurrido aquí ya no puede suceder… ¿Qué te parece si echamos el ancla de una vez en Nelsonville?

Y ella, con la cabeza reclinada sobre el hombro de su marido, dijo:

—Sí, querido. Estoy segura de que aquí encontraremos paz y tranquilidad.

Peggy Dors estaba en la acera, los brazos en jarras, cuando vio llegar por la calle a un hombre que traía una silla de montar a la espalda. Era un desconocido, y al llegar frente a los calcinados escombros del hotel se detuvo, dejó la silla en tierra y se echó el sombrero atrás, sobre la nuca. Era joven y de rostro bien parecido.

—¡Infiernos! —exclamó—. ¿No es éste el hotel Dorado?

Peggy se acercó a él y dijo:

—Lo era, amigo.

El joven observó desde la calle a la muchacha que estaba de pie en la acera y dijo:

—Me lo había recomendado un amigo.

—Tengo el mismo problema que usted.

—¿Sí?

—Yo era una de los huéspedes del Dorado… pero se puede arreglar fácilmente. En la otra parte de la calle, usted y yo encontraremos lo que necesitamos.

Él sonrió y dijo:

—Gracias.

Peggy bajó de la acera y el desconocido dijo:

—Me llamo Tom Keene.

—Yo soy Peggy Dors.

Se dieron la mano y entonces Keene cogió la silla, se la echó a la espalda y empezó a andar.

Peggy iba a su lado y de pronto se detuvo y volvió la cabeza. Paul Granger y Ava Anders la estaban observando. Entonces Peggy les sonrió, guiñando un ojo, y continuó andando junto al recién llegado a la ciudad.

—¿A qué se dedica usted, señor Keene?

Granger y Ava oyeron el murmullo de las voces que se alejaban poco a poco y entonces ellos se miraron a los ojos y volvieron a juntar sus labios.

FIN